

APUNTES PRELIMINARES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DEL CAMPO DEL PUCARÁ Y ALREDEDORES (Dto. de Andalgalá, Catamarca)

Por ALBERTO REX GONZÁLEZ y VÍCTOR NÚÑEZ REGUEIRO

I. Campo del Pucará es el valle extendido entre el pie sudoriental del Aconquijá, las últimas estribaciones y contrafuertes de la sierra de Narváez y la cadena de Ambato. Estructuralmente se trata de una fosa tectónica rellena por sedimentos glaciofluviales cuaternarios, cuya parte central presenta el aspecto de una llanura suavemente ondulada, sólo interrumpida por cauces profundos excavados dentro de los sedimentos blandos.

El nivel llano del Campo asciende hacia los faldeos por medio de una serie de terrazas sumamente nítidas las que se relacionan, sin duda, con las oscilaciones climáticas cuaternarias cuyos vestigios se hallan también en las cumbres del Aconquija. Las terrazas están formadas, esencialmente, por capas de loess, de arenas y rodados, que alternan con capas de ceniza volcánica depositadas sobre las areniscas terciarias o apoyadas, directamente, sobre el basamento cristalino. El estudio geológico detenido de estas terrazas será de gran importancia para el conocimiento del cuaternario de la zona. Además la correlación de esas terrazas con las formaciones sincrónicas de la llanura, acrecentará el conocimiento de toda la época cuaternaria de nuestro país.

La parte llana del Campo del Pucará se halla alrededor de los 1.700 m. s.n.m. El clima del valle es, en general, más benigno y de mayor humedad que el de la región del bolsón de Andalgalá situada al occidente. Este aspecto se refleja en la vegetación que es menos xerófila que en este último, con ausencia de grandes cardones y con más escasa proporción de jarilla.

I. Geográficamente el Campo del Pucará es el paso de transición obligado entre los valles y bolsones semiáridos occidentales y las lla-

nuras boscosas orientales de Tucumán con las que se comunica por intermedio del Valle del Suncho y la Quebrada de las Cañas. Hacia el sur el Campo del Pucará se comunica con el valle de Catamarca a través del valle de Singuil. Ya veremos que esta situación geográfica entre dos áreas distintas se reflejó en el aspecto cultural, pues aquí parecen confluír, en determinados momentos de su historia, entidades étnicas diferentes que dan al cuadro cultural el carácter complejo de las zonas de contacto.

Un examen rápido de la arqueología de las zonas aledañas nos revela, para las épocas arqueológicas mejor conocidas hasta ahora, que esas zonas estuvieron habitadas por entidades diferentes desde el punto de vista cultural.

En el período temprano de las culturas agroalfareras, el bolsón de Andalgalá estuvo ocupado por las dos fases de la cultura de los Barreales. Lo mismo ocurrió con el valle de Santamaría. En ambos lugares, se hallan en el mismo período, elementos de la cultura Condorhuasi. En esta misma época aparece, también en el valle de Santa María, una cultura que usó únicamente cerámica tosca y negra lustrosa, con formas de fondo plano o convexo. Esta cultura no ha sido aún descripta pero existe un cementerio excavado por las expediciones Muñiz Barreto. La importancia de ese cementerio se puso de manifiesto hace ya tiempo cuando organizamos sus materiales, depositados actualmente en el Museo de La Plata. Esta cultura de cerámica negra parece tener algunas afinidades con Candelaria, y aparece también en la zona de Laguna Blanca.

En períodos más recientes se acentuó la diferenciación cultural de las zonas mencionadas. El bolsón de Andalgalá estuvo ocupado por elementos Belén, los que no parecen haber ocupado la parte llana del Campo del Pucará; el valle de Santa María fue, por el contrario, centro de la cultura Santamariana, que debió también extenderse hasta Tafi. De las otras áreas vecinas pocas informaciones tenemos. El valle de Singuil estuvo ocupado, en sus períodos tempranos, por la cultura de los Barreales, según algunos materiales que se guardan en el Museo de Catamarca y hallazgos que hemos hecho en la superficie del terreno. El valle de Tafi aún requiere cuidadosas excavaciones, lo mismo que el área limítrofe entre Catamarca y Tucumán, en toda la vertiente oriental de la sierra de Narváez. Esta zona es de gran interés pues se continúa hacia el sur con el área santiagueña cuya configuración cultural presenta algunas diferencias apreciables con el área de los valles y bolsones occidentales.

III. La arqueología del Campo del Pucará es muy poco conocida. El interés arqueológico se concentró únicamente en las ruinas que dieron su nombre a todo el valle, las ruinas del Pucará. Por su carácter monumental éstas atrajeron la atención de los primeros viajeros y arqueólogos. Fueron visitadas por primera vez por von Tschudi en 1858, cuando se dirigía a los valles Calchaquíes en su viaje hacia Cobija (von Tschudi 1860). Junto con un corto relato de su visita, von Tschudi nos dejó la primera ilustración gráfica del Campo del Pucará (op. cit. fig. 16). Posteriormente el Pucará fue visitado por Lange quien levantó un plano de la fortaleza (Lange 1892) y varios años después Bruch dio una descripción más completa de las ruinas utilizando el plano levantado por Lange (Bruch 1913). Con respecto a la existencia de otros vestigios arqueológicos, dentro de la misma zona, las únicas referencias consignadas por Bruch son las siguientes: "Se dice que en los alrededores del Campo del Pucará abundan pircas y vestigios de obras de piedra, las cuales no pudimos visitar", más adelante agrega: "Los fragmentos [de alfarería que fueron recogidos y entregados a Bruch por Kühn y el doctor Rauenbush] del Campo del Pucará, pertenecen también a vasos ordinarios, algunos de alfarería gris grabada, parecida a la andalgalense, solamente dos pequeños trozos llevan líneas negras, pintadas sobre fondo gris, que tal vez representaría el esquema usual de la serpiente" (Bruch 1913, p. 186 y ss.). En las libretas de campaña de las expediciones Barreto se consigna la existencia de ruinas en el Campo del Pucará y en el Valle del Suncho, aunque parece que esas expediciones no investigaron en las mismas.

IV. *El Pucará.* Resulta increíble que no se haya intentado resolver el problema de la exacta ubicación cultural y cronológica de estas ruinas. Sin embargo este problema había sido planteado con toda claridad por Bruch hace exactamente 50 años. Este es uno de los tantísimos ejemplos del olvido por el trabajo de campaña que ha sufrido nuestra arqueología en los últimos 25 años, especialmente el área central del N. O. argentino. No conocemos un sólo arqueólogo de la generación que nos precede que haya visitado una sola vez las ruinas del Pucará pese a su importancia extraordinaria.

Bruch, después de su viaje de 1908 hacía notar claramente las diferencias arquitectónicas que existen entre las ruinas del Pucará y las otras construcciones indígenas del N.O. Bruch atribuía esas diferencias a causas culturales y temporales, aunque no estaba muy seguro si las ruinas eran anteriores o posteriores a los diaguitas históricos. En la página

178 (op. cit.) nos dice "...las diferencias arquitectónicas observadas en las ruinas del Pucará corresponden a una cultura anterior a la usual en la región diaguita-calchaquí", pero más adelante agrega, pág. 186 (op. cit.): "La disposición de los edificios, su forma, altura de las paredes, con los vanos para puertas y ventanas, pero sobre todo el tipo de murallas de defensa, con todos los detalles mencionados, confieren a las construcciones del Pucará un carácter peculiar. Por eso creemos que estas ruinas pertenecen a otras tribus, quizás de una nación muy distinta de las que ocuparon en otras épocas las demás regiones que acabamos de visitar [área de Tafí, valle del Hualfín y Londres]. Por todos estos hechos estudiados, sería admisible que el fuerte del Pucará tuviese más bien un origen en el tiempo colonial que en época precolombina".

Una descripción detallada de la alfarería hallada en la superficie del suelo hubiera servido de orientación para ubicar culturalmente estas ruinas. Lange publicó una sola pieza de alfarería del Pucará, que no es útil como elemento diagnóstico. Bruch se refiere a "...algunos trozos de alfarería roja con pintura negra del tipo común. Una cabeza de ave, como de loro, con pintura roja es idéntica a una que tenemos en nuestro Museo, y que sirve de asa a pequeños platos".

Nosotros efectuamos en los meses de enero y marzo de 1957 dos cortas visitas a las ruinas del Pucará. La segunda llevando un grupo de alumnos de la cátedra de Arqueología de la Universidad del Litoral. El estado de las ruinas no ha variado esencialmente desde la época de Bruch y las puertas provistas de dinteles que éste fotografiara se hallan aún en muy buen estado de conservación. El funesto efecto de los saqueadores de tumbas y de los aficionados no llegan aún, por fortuna, hasta la vieja fortaleza¹. Pero urge crear alguna medida de protección de estas ruinas antes de que sea demasiado tarde. En este sentido nos hemos dirigido al gobierno de la provincia de Catamarca y a la Dirección de Parques Nacionales. Creemos que son aplicables a las ruinas del Pucará los mismos conceptos que hemos dedicado a las ruinas de Loma Rica (Rex González, 1954). Es necesario practicar la reconstrucción de estas ruinas al mismo tiempo que se realice su excavación sistemática. Podría crearse aquí otro magnífico Parque Nacional, un verdadero santuario arqueológico.

La exploración sistemática será relativamente sencilla y permitirá, de inmediato, la ubicación cultural y cronológica de estas ruinas. En

¹ Algunos meses después de escritas estas líneas, un artículo aparecido en la edición dominical del diario *La Prensa*, de Buenos Aires, el 10-V-1959, nos informa ya sobre el comienzo de la acción de los aficionados.

nuestras visitas tratamos de efectuar una recolección superficial de fragmentos de alfarería, la que es relativamente escasa. El resultado fue el siguiente:

Negro sobre Rojo	22	fragmentos
Rojo Liso	28	„
Tosca alísada, degreasante grueso ..	45	„
Inclasificada	7	„
Fragmentos de loza europea	1	„

De la alfarería Negra sobre Roja encontramos sólo fragmentos muy pequeños, cuyos motivos decorativos no pueden determinarse con exactitud, pero entre los que predominan los motivos geométricos reticulados. Un hallazgo de interés, por su valor diagnóstico, fue el realizado durante la segunda visita. Se trata de una de las típicas cabecitas de pato de arcilla cocida que sirvieron de asa a los recipientes playos tan conocidos de origen incaico o de influencia incaica. Quizás la cabeza a que se refiere Bruch sea análoga a ésta. Pese a lo magro de estos elementos, reunidos en una rápida visita, tenemos ya una orientación sobre la filiación cultural de estas ruinas, como lo sugiere la cabecita de pato mencionada, y el fragmento de loza europea. La excavación cuidadosa aclarará si se trata o no de ruinas de origen incaico que pudieron usarse por cierto tiempo después de la llegada de los españoles.

V. Cuando comenzamos nuestras investigaciones arqueológicas en el N.O. argentino comprendimos que la necesidad principal era el establecer con urgencia una cronología relativa y absoluta de sus principales subáreas. Para comenzar nos propusimos encarar el problema de la cronología de la región Central N.O., la mal denominada región Diaguita —la subárea más importante y la más descuidada en cuanto a trabajos arqueológicos bien ejecutados—. Para cumplir nuestros propósitos elaboramos un plan cuyo primer objetivo era realizar excavaciones sistemáticas en un valle más o menos pequeño y estratégico y una vez obtenida una aceptable cronología de ese valle, extendernos hacia las zonas periféricas para tratar de comprobar como aparecía en esas zonas aledañas la secuencia establecida. Por razones diversas escogimos como centro de comienzo de nuestras tareas el valle del Hualfin, y desde él nos extendimos posteriormente a zonas periféricas. Por el norte alcanzamos la interesante región de Laguna Blanca, muy poco conocida, que visitamos en dos oportunidades. Hacia el oriente se imponía el reconocimiento y el estudio posterior de la zona de Andalgalá y del Campo

1 Las secciones V, VI, VII y VIII pertenecen al primero de los autores.

del Pucará. De este planteamiento se deduce el interés que para nosotros tenía el área que es objeto de esta nota. El mismo que sigue teniendo el valle de Abaucán cuyo estudio aún no hemos tenido ocasión de emprender. Pero fuera del interés, que podemos denominar teórico, existía otro tan importante como aquél, de estudiar la arqueología del Campo del Pucará. En 1951² mientras viajamos de Catamarca a Belén y a unos 1500 m. antes de llegar al puesto caminero que se halla cerca de donde el camino nacional cruza el río del Pucará, descubrimos casualmente, a ambos lados del camino, una serie de yacimientos arqueológicos de características poco comunes y que nos llamaron poderosamente la atención. Estos son los yacimientos que después se han dado a conocer con el nombre de yacimientos arqueológicos del Alamito, de la Alumbreira o de las Estancias. El día del hallazgo sólo pudimos realizar un corto recorrido por las principales unidades arqueológicas comprobando el aspecto general que presentaban y efectuando una recolección superficial de alfarería. En viajes posteriores se tomaron fotografías y se completaron los recorridos de las distintas unidades arqueológicas, sobre todo las existentes en el mismo camino y en las proximidades de Agua de Las Palomas.

VI. En 1952 practicamos una serie de reconocimientos y fotografías aéreas en el N. O. utilizando un avión Bescraft de la Fuerza Aérea Argentina. Aprovechamos esa oportunidad para fotografiar los yacimientos del Alamito, pero las fotografías tomadas en esa oportunidad resultaron poco demostrativas. En 1955 volvimos a repetir esos vuelos utilizando esta vez una máquina de Havilland Dove. Las fotografías tomadas en este segundo intento resultaron ser muy claras y una excelente ayuda para los trabajos arqueológicos que posteriormente realizamos (Rex González, 1957 a, p. 48). A base de esas fotografías se elaboraron los croquis topográficos utilizados luego en el proceso de las excavaciones.

VII. *Yacimientos arqueológicos en las proximidades de Agua de las Palomas.* La mayoría de los lugares arqueológicos se encuentran a unos 2 km. al oriente de la pequeña localidad de Agua de las Palomas, entre los kilómetros 150 y 152 del camino nacional que desde El Alamito o Catamarca conduce a Andalgalá (fig. 1). La mayor concentra-

2 Este viaje fue realizado el día 30 de mayo de 1951; nos acompañaba en aquella oportunidad el Dr. Vicente Ferreyro, joven estudiante, por entonces, de la carrera de geología en el Museo de La Plata.

ción de restos se halla frente al puesto caminero situado entre los kilómetros antes mencionados, no lejos de la corriente de agua llamada Agua Verde (fig. 2). Aquí el campo del Pucará es una planicie apenas ondulada cubierta de pastos duros del género *Stipa* y de matas de ma-

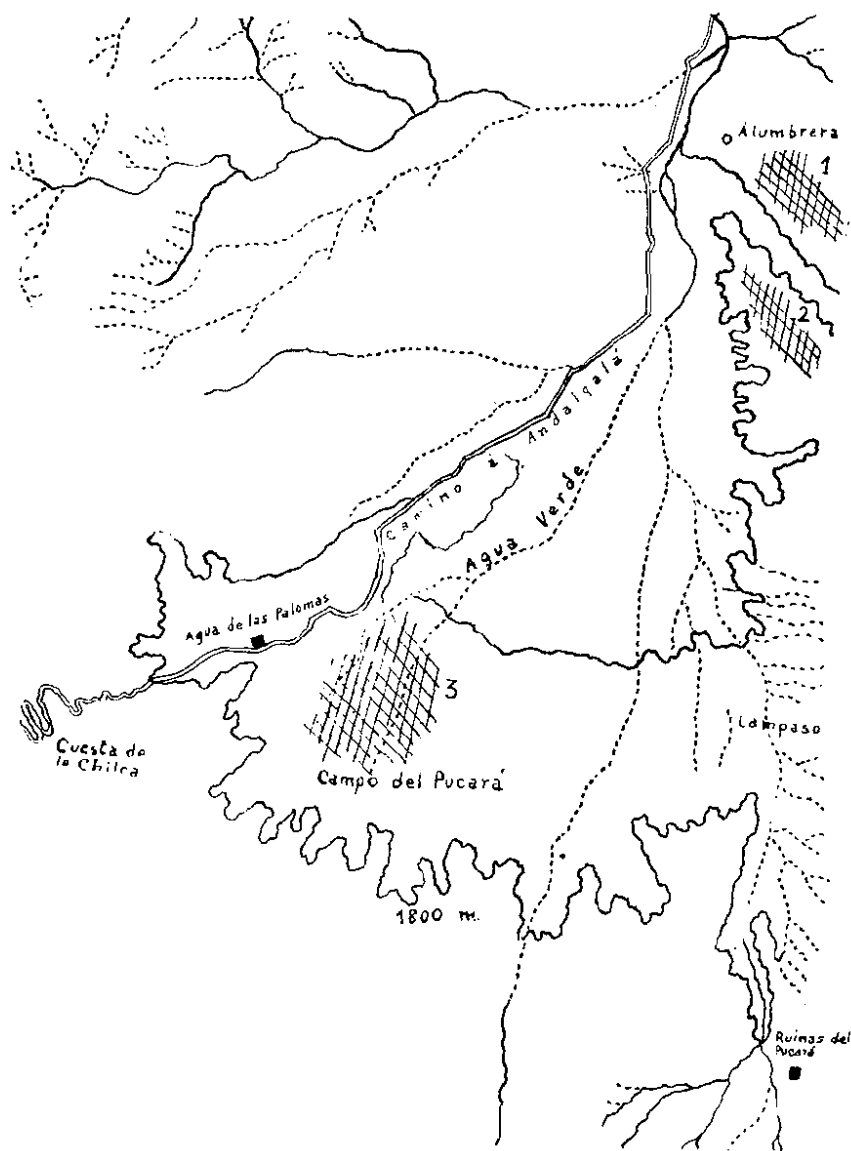


Fig. 1 - Mapa esquemático del área de campo del Pucará, N° 1, 2 y 3, zonas arqueológicas exploradas.

ravilla. Más hacia el interior del "Campo", es decir, alejándose del pie del faldeo del Aconquija, sobre el camino de herradura que desde Agua de Las Palomas conduce al Pucará, los sitios arqueológicos disminuyen progresivamente o desaparecen del todo. Sólo hemos visto, a la orilla del camino, piedras dispuestas en círculo, cuyo diámetro alcanza hasta 30 m. Estos círculos se observan, sobre todo, a orilla de los cauces secos. La alfarería es escasa o no existe en estos lugares. Las piedras que forman los círculos fueron traídas de los cauces vecinos, ya que naturalmente no existen rodados contenidos en el interior o en la superficie de los sedimentos blandos que forman el suelo de estos lugares. En un caso, adosado al círculo mayor, existían otros tres círculos más pequeños. Estructuras exactamente iguales ocurren en el valle de Tafi y en la zona de Laguna Blanca³. Estos restos están muy alejados uno de otros y fuera de los mencionados círculos, siempre a lo largo del camino al Pucará, sólo se hallan algunos amontonamientos de piedras de 2 a 4 m. de diámetro.

Los lugares arqueológicos frente al puesto caminero y en las proximidades del Agua Verde presentan distintos aspectos. Algunos se caracterizan por rodados de regular tamaño esparcidos en una área más o menos definida, los que son visibles desde lejos (fig. 2). Estos roda-



Fig. 2. - Una visita de los alrededores de Aguas de las Palomas, en la proximidad de los sitios arqueológicos.

dos presentan una distribución irregular. En cambio, en otros lugares, los rodados se presentan en filas o de manera regular, formando círcu-

³ Así como también en Barreal, sur de la prov. de San Juan, según información del Dr. Schobinger (asociados a petroglifos).

los, como los ya mencionados o más pequeños de sólo 8 a 10 m. de diámetro; también puede encontrarse rectángulos o bien simples líneas rectas más o menos aisladas o en combinación con los elementos ya descritos. En estos sitios es frecuente la alfarería fragmentada, predominando netamente, los tipos toscos. Junto con los restos de alfarería aparecen fragmentos de huesos de camélido, cuarzo con huellas de trabajo intencional, restos de carbón vegetal, acumulaciones cineríticas o de tierras quemadas, molinos planos y sus manos, etc. La alfarería y los demás restos superficiales pueden ocupar un área de 35 a 50 m. de diámetro y los distintos lugares están separados entre sí por distancias que oscilan entre 1 km y 100 m. En algunos de estos lugares puede observarse la existencia de leves elevaciones del terreno donde los restos superficiales abundan; esas elevaciones corresponden a restos de basureros.

A título de ejemplo damos el resultado de la recolección superficial del sitio N° 1 de Agua Verde (S. I.).

Corderhuasi Clásico	2
Condorhuasi Rojo Monocromo	2
Ciénaga Dibujos Negros	2
Ciénaga Negro sobre Rojo	2
Pintado sin clasificar	3
Ciénaga Grabado	10
Tosca Lisa	185

En total se practicaron reconocimientos cuidadosos o pruebas estratigráficas en 13 lugares diferentes (S. I. a S. 13 según las anotaciones de campaña). En forma muy resumida la característica principal de esos lugares es la siguiente:

S. I. Se halla situado a la orilla de uno de los tantos zanjones que desembocan en el río Agua Verde. Se caracteriza por la presencia de fragmentos de alfarería tosca, huesos de camélidos y demás elementos asociados. Existen dos filas de rodados dispuestas paralelamente a 3,60 m. de distancia una de otra y en una extensión de 40 m de largo. Los sondeos estratigráficos revelaron que los basureros tienen aquí un espesor de 1,60 m.

S. 2. Se halla a la izquierda del camino de Catamarca a Andalgalá, frente al mojón indicador del kilómetro 152, a unos 80 - 90 m. del camino. El diámetro es de unos 50 m. Posee una elevación central. La alfarería es relativamente escasa. Aparecieron algunos molinos planos, resto de huesos de camélidos y carbón.

S. 3. Se halla situado a unos 60 m. del anterior. Es algo más pequeño. El centro del sitio es una depresión no muy notable. Los restos superficiales son análogos a los anotados para el sitio N. I.

S. 4. Se trata de un simple círculo de piedra situado hacia el E. del anterior. Posee un diámetro que oscila entre 9 y 10 m. No existe casi alfarería en la superficie. Un sondeo no produjo aquí ningún resultado.

S. 5. Sitio muy mal definido. Se trata de una simple agrupación de rodados en un diámetro de 30 m.

S. 6. Es una de las unidades arqueológicas mejor definidas dentro de esta zona y tiene mucha similitud con las unidades arqueológicas de la zona del Alamito. Se encuentra situada a 300 m. al SO del jalón que marca el kilómetro 151 del camino Catamarca - Andalgá.

El lugar se presenta como una depresión de contorno oval cuyos bordes se hallan a 1 - 2 m. por encima. El largo total de la unidad es de 60.- 70 m. y el ancho de 55 m. Sobre la superficie del suelo abundan los rodados, algunos dispuestos en líneas. También se hallaron molinos planos y abundantes fragmentos de alfarería. Sobre el borde sur de la unidad se halla un montículo de 44 m. de largo por 28 de ancho y 1,50 - 2 m. de alto. Se trata de un basurero. En este montículo uno de los vecinos de Agua de las Palomas halló dos esculturas de piedra. Una representaba una cabeza humana y la otra una figura ornitomorfa. Fueron llevadas a la ciudad de Catamarca y se ignora el destino ulterior de las mismas. Dos sondeos estratigráficos de 1,30 m. de lado, alcanzaron los 3 m. de profundidad, con capas fértiles hasta los 2,40 m. Entre los restos aparecidos figuraban gran cantidad de restos de barro consolidado. Se trataba de fragmentos de paredes o techo de habitaciones.

S. 7. Se halla situado a unos 200 m. al S del anterior con el que guarda gran semejanza.

S. 8. Al S. E. del anterior, sobre la margen izquierda del cauce seco principal que corre más o menos paralelo al camino antes mencionado. Se trata de dos depresiones, situadas muy próximas entre sí. La primera tiene 54 m por 48 m, la segunda mide 60 m por 50 m. Esta última posee un montículo sobre el lado S. Este montículo mide 15 m de largo. Un sondeo de 1,30 m de lado mostró que las capas fértiles tienen aquí hasta 1,48 m de profundidad. Sobre el reborde elevado de este mismo sitio se halló una fila de piedras delimitando un recinto de 4,20 m por 4,50 m. Es casi seguro de que se trata de una habitación. Los restos arqueológicos, dispersos en superficie, son análogos a los ya anotados, pero hallamos aquí algunos molinos o conanas (metates) de un tipo

especial. Presentan una depresión central alargada bien notable y uno de sus extremos abiertos. Es interesante el detalle pues quizás se pueda elaborar una subdivisión tipológica de esta clase de restos. Se practicó un sondeo estratigráfico que mostró capas fértiles hasta 1,53 m. de profundidad.

S. 9. Frente al sitio anterior pero sobre la margen derecha del río. Son muy abundantes en la superficie los fragmentos de cuarzo. La alfarería, es por lo contrario, bastante escasa. Los rodados se encuentran dispuestos con regularidad y parecieran haber formado un círculo.

S. 10. Es otra depresión del suelo de 46 por 43 m. En el borde sobreelevado se encuentran las huellas superficiales de un recinto rectangular de 8 m de largo por 3,85 de ancho y de un montículo de desperdicios. Además existen en superficie una gran cantidad de rodados sueltos. Este sitio se halla a unos 200 m. al sudeste del S. 8.

S. 11. Igual a los anteriores pero alrededor de 1 km. de los mismo (fig. 3). Sobre la margen derecha del río principal al N. E. de los

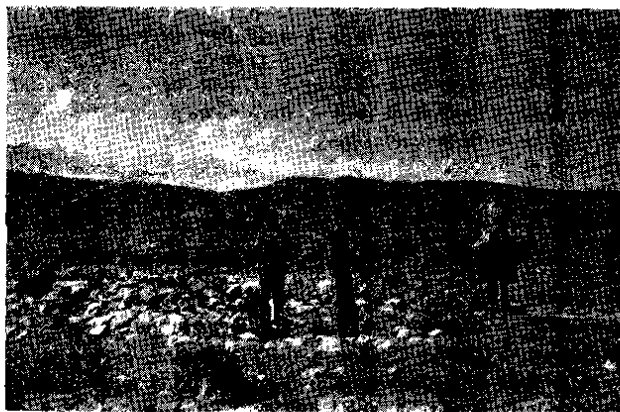


Fig. 3. - Menhir aun "in situ" en el sitio N° 11 de Agua de las Palomas

lugares antes señalados. Se trata de una habitación aislada de 3,70 por 2,10 m, de la que se conservan buena parte de los cimientos formados por una pared doble. En la entrada de esta habitación existe un curioso menhir de 2,23 m de largo total por 0,12 m de espesor y 0,32 m de ancho. Se halló de pie, enterrado hasta una profundidad de 0,57 m. Este menhir no lleva grabado de ninguna clase. Su forma es muy regular y debió usarse en su fabricación una piedra natural a la que quizás posteriormente se talló a fin de darle la gran regularidad que presenta.

La excavación dentro de la vivienda sólo proporcionó alfarería tosca. Creemos que, debido al buen estado de conservación del recinto, puede tratarse de una construcción más o menos reciente, aunque precolombina, en la que debieron emplearse restos más antiguos, como este del menhir, que sirvió aquí más bien como elemento para sostener la puerta de entrada que para otra función diferente. Esto no ocurre en la zona del Valle de Tafí donde abundan menhires similares.

S. 13. Se trata de una serie de rodados dispuestos en fila que se encuentran al sur del sitio anterior, sobre la margen derecha del mismo río.

Un hallazgo aislado fue el de un enterratorio situado sobre la margen izquierda del río, en uno de los tantos zanjones que en él desembocan. Se trataba del esqueleto de un adulto enterrado de posición genupectoral y sin ajuar fúnebre. El cráneo presentaba una deformación tabular erecta.

A continuación en las tablas Nos. 1, 2 y 3 y a simple título ilustrativo, transcribimos los resultados de algunas de las pruebas estratigráficas efectuadas; es necesario hacer notar que los resultados de estas pruebas se presenta tal cual fue registrado en campaña. Faltan nuevas investigaciones de laboratorio para una perfecta determinación de los tipos cerámicos hallados; esto es también válido para las pruebas estratigráficas de las unidades del Alamito que se dan más adelante. Por ejemplo mientras aquí figura Ciénaga Grabada como un solo tipo, en realidad puede descomponerse en una serie de subtipos diferentes.

Cuadro I. ESTRATIGRAFIA EN S. I, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Tosca	Ciénaga Gris Grabada	Rojo sobre Ante	Ciénaga Negro s/Ante	Ciénaga Rojo Lisa	Ante Lisa	Gris Lisa	Ciénaga Anaranjado Lisa Pulido
1	328	16	5	1?	2	20	22	
2	167	23	1		1	?	12	
3	222	13	3		4	11	12	
4	131	11	1			10	13	2
5	95	6	—			5	11	1
6	102	1	2			8	6	
7	191	5	1			5	5	
8	189	12	2			4	7	
9	90	7	2			3	3	
10	83	3				—	3	
11	26					2	5	

Cuadro 2. ESTRATIGRAFIA EN S. 6, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Tosca	Ciénaga Grabada	Ciénaga Negro s/Ante	Gris Lisa	Ante Lisa	Ciénaga Rojo s/Ante	Ciénaga Anaranjado liso pul.	Crema Lisa
1	213	14	3	38	15	3	1	
2	159	8		25		1		
3	134			31		1		
4	174	10		19		7		
5	125	11		25		10		
6	198	37		24		1		
7	148	15		21		8		
8	191	15		17		2		
9	224	13		20				1
10	11			3				
11	4			3				

Cuadro 3. ESTRATIGRAFIA EN S. 10, AGUA DE LAS PALOMAS

Capas	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Negro s/Ante	Condorhuasi	Ante Liso	Ciénaga Rojo Liso	Negro y Rojo s/Crema	Ciénaga Dibujos Negros	Tosca	Tosca Grabada	Ciénaga Rojo s/Ante
1	3	4	3						75	4	
2	3	6	1						63		
3		5	2?	6					56	6	
4		5	1	2	1				86		
5	2				1	5	1	2	90		1
6		5					4	1	90		1
7	2	8					3		32		

VIII. Hallazgos aislados y otras referencias.

En Aguas de Las Palomas oímos varias referencias sobre ruinas que existen en los faldeos y quebradas de la zona sudoccidental del Campo del Pucará, ruinas que nosotros no pudimos visitar.

También se nos informó sobre el hallazgo de una gran tinaja que contenía el esqueleto de un niño. Esa urna fue hallada durante el transcurso de la construcción del camino a Andalgala, no lejos del puesto caminero que se halla frente al Agua Verde. Hallazgos de urnas funerarias conteniendo restos de párvulos no son raras en la zona. Durante nuestra estada en el Alamito tuvimos noticias de por lo menos ocho hallazgos diferentes, de los cuales pudimos adquirir varios ejemplares; actualmente depositados en el Museo del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía de Rosario. Esos ejemplares son toscos, pintados o decorados con protuberancias de arcilla. Corresponden a tipos no descriptos hasta ahora. Una de las grandes urnas toscas apareció casualmente al abrirse un pequeño pozo en el centro de la ruta nacional que pasa por el Alamito. Parece que en las proximidades se habían hallado anteriormente otras urnas funerarias. Hasta ahora no ha sido posible establecer ninguna relación entre esas urnas y los yacimientos arqueológicos estudiados en la región. Las urnas funerarias con decoración pintada corresponde a tipos cuyos fragmentos no hallamos en los basureros excavados.

Entre los hallazgos aislados hechos en el Pucará figura un raspador lítico de tipo especial provisto de una fuerte pátina que fue hallado al pie de una de las terrazas frente a la escuela de la Alumbreira. Una punta de Ayampitín se halló superficialmente en el área de Agua de Las Palomas. Todo hace pensar que no es raro que se puedan hallar en el Campo del Pucará sitios precerámicos, al aire libre o bien en los abrigos y cavernas que aseguran existen en los faldeos del Aconquija y que convendría revisar detenidamente, lo mismo que los nítidos perfiles de las terrazas.

IX. *Excavaciones en la zona del Alamito*⁴.

Los yacimientos de la zona del Alamito se conocen también con el nombre de yacimientos de la Alumbreira o de Las Estancias, ya que ambos son lugares geográficos muy próximos y bien conocidos en la región. El Alamito, pese a estar más alejado de los sitios arqueológicos, es la localidad más destacada por su población e importancia, por lo que en adelante seguiremos usando este nombre.

Los lugares arqueológicos se hallan a 8-9 km en línea recta, al sur del Alamito, extendiéndose sobre las terrazas de la cota 1900 - 2000 m s.n.m. a la cota 1700 - 1800 m.

Los yacimientos arqueológicos abundan frente a la Alumbreira y desde esta localidad hasta Condorhuasi, sobre el río de su mismo nombre y desde la Alumbreira hasta el arroyo de Capiscuchuna. En la parte más llana del valle, y fuera de los yacimientos análogos ya mencionados para Agua de las Palomas, existen otros en el camino que conduce al Pucará, atravesando el "Campo" por su lado oriental, al O de la primera terraza. Algunos de ellos están muy bien conservados y son idénticos a los que describiremos en seguida.

A fin de excavar algunos de los numerosos yacimientos del Alamito organizamos la Primera Expedición Arqueológica al N. O. argentino del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía de Rosario. Esta expedición se realizó en los meses de marzo-abril de 1957 y de ella participaron ayudantes y alumnos del Instituto que realizaban su primera experiencia arqueológica⁵. De esa Primera Expedición publicamos

⁴ Este acápite corresponde, con algunas modificaciones, a un trabajo presentado al 33º Congreso Internacional de Americanistas reunido en San José de Costa Rica en julio de 1958.

⁵ Participaron de la expedición: M. Cavallo; S. Petruzzi; A. M. Lorandi; U. Helwig; M. A. Carrara; Ma. L. Arocena; M. Meneses; V. Núñez Regueiro; W. Harvey.

una corta noticia en Ciencia e Investigación (Rex González, 1957). Al año siguiente en vista del éxito de las primeras excavaciones, habiendo decidido nuestro viaje a los Estados Unidos, los ayudantes de la cátedra y los alumnos nos solicitaron regresar al Alamito a fin de continuar las excavaciones. Como se trataba de resolver algunos problemas mediante la aplicación de las mismas técnicas que los ayudantes y alumnos habían aprendido el año anterior, y dado el entusiasmo y la eficiencia manifestada en los primeros trabajos, no pusimos reparos en que se practicaran esas nuevas investigaciones, indicando simplemente, cuáles eran los puntos esenciales del trabajo y la manera de resolverlos.

A) Descripción de las unidades arqueológicas.

Las unidades arqueológicas de la zona del Alamito están muy claramente definidas y pese a ciertas variaciones en detalle existe un canon de distribución uniforme de sus diferentes elementos constitutivos, cosa que llama de inmediato la atención de quien las visita. Cada unidad arqueológica (fig. 4) esta constituida por:

1. Una depresión central, por lo general muy clara y bien definida aunque no muy profunda. Estas depresiones tienen contorno oval y miden término medio alrededor de unos 50 m en el diámetro mayor y 40 a 50 m en el diámetro menor. La depresión se distingue no sólo por el desnivel sino por el tipo de vegetación que allí se conserva, de color diferente y de especies distintas a las matas de *Stipa* que crecen en el terreno circundante. Toda la serie de depresiones que forman el núcleo central de los yacimientos se distinguen muy bien en las fotografías aéreas que obtuvimos (Rex González, 1957 a), debido al contraste cromático que presentan.

En las recorridas previas de los yacimientos y en las primeras excavaciones interpretamos funcionalmente a estas hondonadas como el sitio de una antigua represa, alrededor de la cual se levantaron las habitaciones y las diversas estructuras que integran la unidad arqueológica. El estudio de la altura de la entrada o pasillos de las habitaciones en relación con el fondo de la depresión, así como el hallazgo de determinados elementos arqueológicos dentro del área de la depresión y la falta de capas claramente estratificadas o de cualquier otro indicio de índole geológica que pudiera demostrar la presencia de agua con carácter permanente, parecieran indicar que las depresiones no fueron represas sino una especie de patio central. En realidad convendría practicar aún algunas trincheras radiales en nuevas unidades, como así

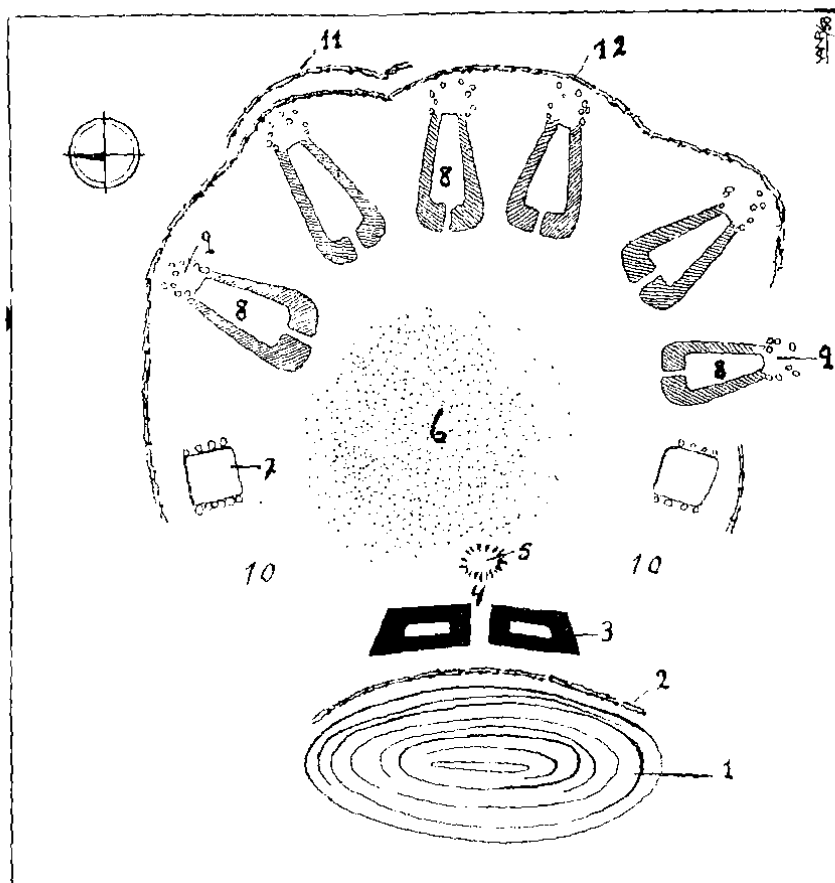


Fig. 4. - Planta ideal de una de las unidades arqueológicas de la Zona del Alamiro. 1. montículo mayor o basurero; 2. muro de sostenimiento del mismo; 3. estructuras de piedra o plataforma; 4. pasillo entre las plataformas; 5. pequeño montículo de loess; 6. gran depresión central de la unidad; 7. habitaciones rectangulares o cuadrangulares; 8. habitaciones en forma de U cerrada; 9. piedras más o menos en círculos que se hallan en la parte posterior de las habitaciones; 10. Lugar de hallazgos diversos; 11. Muro de sostenimiento; 12. Muro de sostenimiento sobrecargado.

también levantamientos topográficos más completos con curvas de nivel exactas, a fin de dejar el problema definitivamente aclarado. Los levantamientos hechos hasta ahora fueron realizados con brújula cuya exactitud no es lo suficientemente grande como para resolver esta situación específica, aunque ésta sirva perfectamente para los problemas comunes que debe encarar el arqueólogo en campaña.

2. Alrededor de la depresión central se eleva una especie de anillo formado por sedimentos loessicos o por tierra vegetal. Este anillo presenta sobrelevaciones y otras estructuras que guardan entre sí cierta distribución constante y uniforme. En las unidades del Alamito se encuentra, casi sin excepción, sobre el lado occidental de la unidad un montículo bien visible y destacado. En las libretas de campaña se designan estos montículos como montículos mayores o con las letras M. M. La orientación del eje mayor es más o menos N-S. En las unidades de Agua de las Palomas hay algunos montículos idénticos aunque la orientación respecto al resto de la unidad es diferente. Las medidas de estos montículos oscilan entre 20-35 m de largo y 10 a 20 m de ancho. El alto puede llegar hasta 4 m, pero en muchos casos no alcanzan a 1 m. En la figura 4 este montículo se señala con el número 1. Un elemento frecuente, visible a veces a simple vista y, otras veces puesto al descubierto por las excavaciones, es un muro de sostenimiento que bordea la base de los montículos mayores por el lado oriental (fig. 4 N° 2). Algunos de estos muros presentan una cuidadosa ejecución. En la unidad B, de la terraza baja —Mesada del Arbolito— el muro alcanzó una altura de 1,30 m; estaba apoyado directamente sobre el suelo virgen y abarcaba todo el lado del montículo. Los numerosos sondeos estratigráficos practicados en estos montículos revelaron de que se trata de típicos basureros, formados por la acumulación progresiva de fragmentos de alfarería, carbón vegetal, huesos partidos a lo largo, desecho de trabajo lítico, fragmentos de molinos planos, acumulaciones cineríticas, restos de paredes o techo de barro consolidado. En ningún caso se hallaron dentro de estos montículos restos de piso. Por lo contrario, las capas que presentan alguna señal de estratificación, están más o menos inclinadas. En varias ocasiones se hallaron restos humanos en desorden, los que debieron ser arrojados allí con el resto de los desperdicios. Una buena parte del montículo se debe a la acumulación de loess o tierra vegetal, removidas de sus capas originales y acumuladas con el resto de los materiales descritos.

3. Sobre el lado oriental de la unidad se destacan una serie de pequeños montículos dispuestos en abanico uno al lado del otro y de no más de 0,50 a 1 m de altura sobre el nivel circundante; están separados entre sí por valles de superficie plana o bien por bordes de lajas o filas de rodados. Las medidas de estos montículos son muy variables oscilando entre 3 y 4 m de ancho y 10 o más metros de largo. El eje mayor se dispone en forma radial a la depresión que ocupa el centro de la unidad. En la superficie de los montículos pueden hallarse perí-

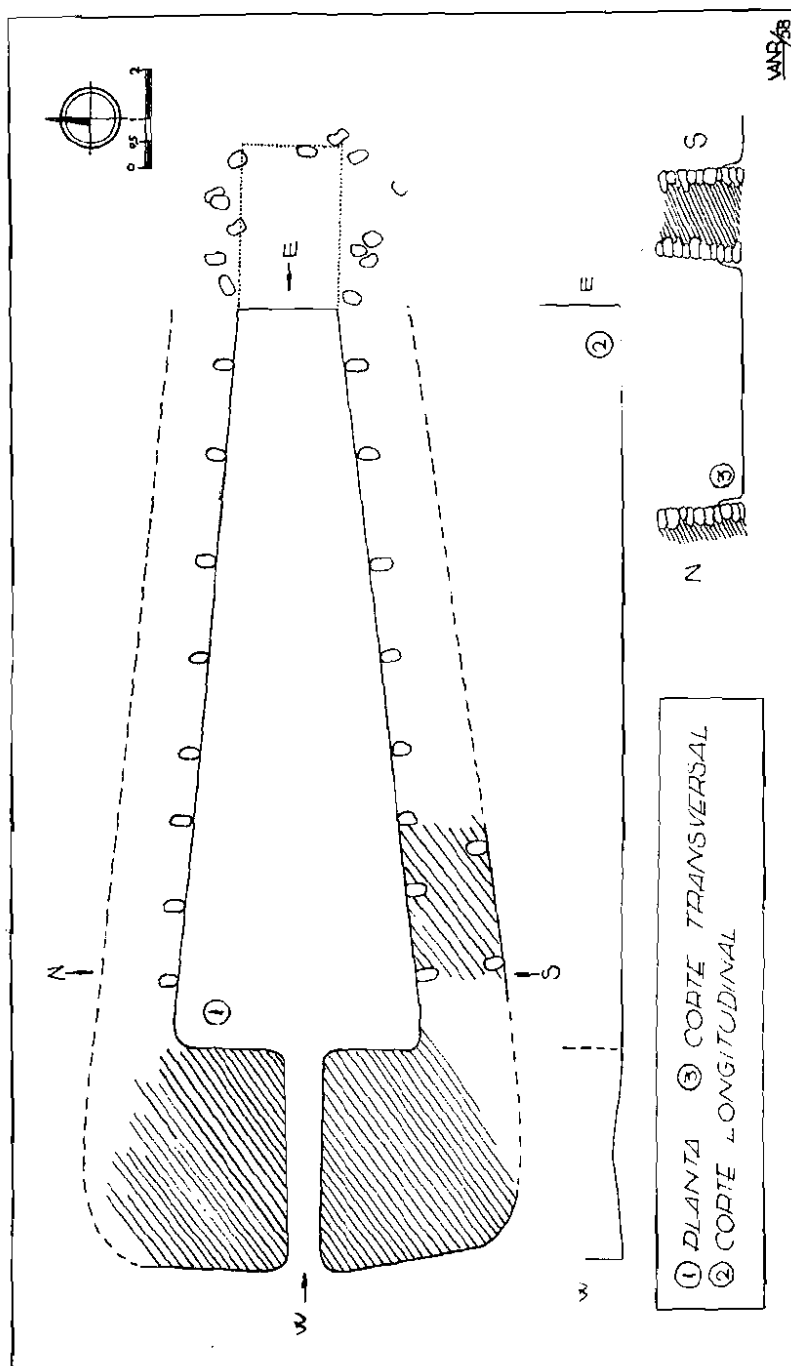


Fig. 5. - Corte y planta de una típica habitación de los yacimientos del Alamito. Corresponde al número 8 del esquema de la fig. 4.

metros delimitados por rodados o lajas más o menos espesas dispuestas en fila única o en dos filas. Estas estructuras afectan a menudo las formas de una U de ramas separadas y provistas de un círculo sobreagregado en un extremo (fig. 4 N° 9). Fuera de estos detalles los restos arqueológicos superficiales son más escasos aquí que en los basureros.

La excavación cuidadosa de dos montículos de esta clase en las unidades D y B de la terraza inferior —Mesada del Arbolito— puso de manifiesto de que se trata de vestigios de habitaciones de un curiosísimo tipo. La planta de estas habitaciones se ilustra en la fig. 5 y en el croquis general fig. 4 N° 8. Como se puede apreciar afectan la forma de una U o una V de ramas alargadas y casi cerradas en el extremo del mayor diámetro transversal. Un detalle estructural muy interesante es la presencia a lo largo de las paredes de una serie de columnas de piedra cuya altura oscila entre 1,60 y 1,80 m (fig. 6). La distribución



Fig. 6. - Una vista de conjunto de una de las habitaciones excavadas en la unidad D del Alamito. Corresponde al tipo de habitación señalado con el número 8 en el esquema de la fig. 4. Pueden observarse las columnas de piedras situadas sobre las paredes laterales y el pasillo de entrada.

de estas columnas es muy regular y simétrica y están formadas por 12 a 14 piedras superpuestas. La distancia entre cada columna oscila alrededor de los 2 m y el número total de columnas en cada habitación es de 6 a 8 en cada lado, dependiendo este número del largo de la misma. La pared de la habitación, entre las columnas, es de barro apisonado o tierra acumulada. Parece que en algunos casos existieron columnas dispuestas en pares de cada lado según puede verse en la figura 5. En las habitaciones D y B, ya mencionadas, se halló un cuidadoso revoque de

barro hasta una altura de 0,60 m y con un espesor de 3-4 cm. El piso de la habitación es muy duro y compacto, perfectamente alisado. Debió formarse con barro apisonado. En cada habitación se hallaron varios piso superpuestos, producto de otras tantas reconstrucciones. No hay, sobre esos pisos, restos de hogares bien definidos, y sólo existen escasas huellas de fuego. La cantidad de depresiones para recipientes es muy reducida en esos pisos, lo mismo ocurre con la cantidad de molinos planos encontrados.

La pared anterior de las habitaciones en cuestión presentan una entrada constituida por un largo y estrecho pasillo, cuyas paredes son muy lisas y cuyo piso es análogo al de la habitación aunque puede hallarse a 2 ó 3 cm más alto. El largo total del pasillo puede llegar a 2,50 m. mientras que el ancho oscila entre 0,60 y 0,75 m. La pared posterior, es decir la opuesta al pasillo, presenta, en las habitaciones excavadas, dos variantes. En la unidad D poseía una puerta bien definida, dentro de la superficie plana. En otro caso la pared tenía una superficie curva. Un tercer ejemplo presentaba esta pared igualmente plana pero sin puerta de ninguna clase. Un problema interesante es porque estas habitaciones se presentan, antes de ser excavadas, como pequeños montículos. Nosotros suponemos que quizás hubo acumulaciones voluntarias de sedimentos blandos sobre las paredes externas de estas viviendas. Algo muy semejante a lo que ocurre con el "earth lodge" de los indios de las praderas norteamericanas, tales como los Mandan, etc. Los restos de estas habitaciones forman a veces pequeños montículos (Strong, 1935, p. 73 y siguientes). En cuanto a la parte posterior de estas viviendas, la que en su superficie se presenta como un círculo de piedras, las excavaciones no han podido brindar una exacta información sobre ese agregado ni sobre su posible valor funcional. Otro problema se plantea al considerar la forma del techo; es indudable que las columnas debieron servir para sostener las vigas de la techumbre, pero una simple viga transversal proporcionaría un techo demasiado plano, poco útil para el escurrimiento del agua, por lo que debió existir una disposición especial que evitara este inconveniente.

Un detalle muy importante es la presencia, en el interior de estas viviendas, de enterratorios, los que sugieren para el conjunto de estas unidades arqueológicas una estrecha organización de tipo familiar⁶.

6 Montículos con enterratorios en su interior han sido hallados por Iribarren Charlin en el valle de Huasco en Chile; contienen estos montículos cerámica de tipo Molle (Iribarren 1957). Dadas las evidentes afinidades entre la cultura del Molle y Ciénaga-Condorhuasi y perteneciendo los yacimientos del Alamito a este

4. Aparte de las habitaciones que acabamos de describir aparece otro tipo diferente dentro de las unidades arqueológicas. Estas últimas (Fig. 4 N° 7) son de planta cuadrada o rectangular, oscilando sus medidas entre 3 y 5 m por un lado y 2,50 a 3 m por el otro. El piso presenta hogares bien definidos, y abundantísimas huellas de postes y numerosos restos arqueológicos, como molinos planos, morteros, un hacha de cuello completo, un tubo de cerámica, depresiones para grandes recipientes, etc. Las columnas de piedra son aquí excepcionales y no existe el pasillo de entrada que hemos descrito para las habitaciones consideradas anteriormente. La ubicación de estas viviendas parece estar siempre en la periferia de las de planta en V o en U, según puede verse en el esquema general de la fig. 4. También aparecieron en estas habitaciones enterratorios y superposición de pisos. Los vestigios enumerados al principio parecerían indicar que estuvieron estas viviendas primordialmente destinadas a efectuar dentro de ellas tareas culinarias, mientras que las descritas al principio sirvieron especialmente como albergue.

5. Otros elementos, casi constantes en los yacimientos del Alamito, son unas estructuras de piedra de planta cuadrada, dispuestas en pares frente al montículo mayor (fig. 4 N° 3 y 4, figs. 7, 8 y 9). Se disponen simétricamente dejando entre sí una especie de pasillo o corredor. Las medidas de estas estructuras, llamadas también en nuestras libretas de campaña recintos o plataformas, oscilan entre los 3 y 4 m de ancho por 10 a 12 m de largo cada una. La altura es variable, y pese al gran derrumbe ocurrido, en ciertos casos llegaba hasta 1,50 m (fig. 9), es decir que originalmente pudieron superar con holgura los dos metros de alto. El pasillo tiene entre 3 y 5 m de ancho y la orientación de sus paredes oscila entre 7° y 25° de desviación con respecto al N. magnético.

La construcción de estas estructuras es muy cuidadosa estando colocados y trabados los sillares con gran habilidad (fig. 8). El lienzo externo es muy parejo en la base, hallándose por lo general muy destruido en la parte alta. En un caso las hiladas se inclinan hacia adentro, es decir que la pared es oblicua y no vertical. Los bloques de la base son cuadrangulares o más o menos poligonales; están enterrados hasta cierta profundidad y reforzados con pequeños rodados basales a manera de

grupo, cabe preguntarse si los montículos del valle de Huasco no podrían ser habitaciones en las que se practicaron algunos entierros. La presencia de pisos consolidados y acumulaciones de cenizas en el interior de los montículos, como así también su forma deprimida en el centro apoyan esta idea. Pero al lado de los montículos que sirvieron de habitación, existieron otros (op. cit. pág. 192, túmulo 4) que al igual que en los yacimientos del Alamito, fueron simples basureros.

cuña. A veces se utilizó en la construcción restos de conanas o morteros rotos. Los ángulos de las estructuras son más o menos rectos, pero en unos casos se presentaban romos.

Dentro del perímetro de la estructura se halló en una de las unidades excavadas un depósito de loess 80 cm más alto que el terreno circundante. Todas las tentativas realizadas en busca de pisos en el interior de las estructuras fracasaron. En algunos casos aparecieron superficies planas más o menos consolidadas, pero no fue posible demostrar de manera cierta de que se trataba de un verdadero piso. Esta ausencia de piso, no obstante el cuidado con que fueron buscados y las numerosas trincheras interiores practicadas, junto con la falta de toda puerta de entrada, y la oblicuidad que las paredes presentan en algún caso hacen suponer de que estas estructuras debieron ser plataformas más o menos elevadas.

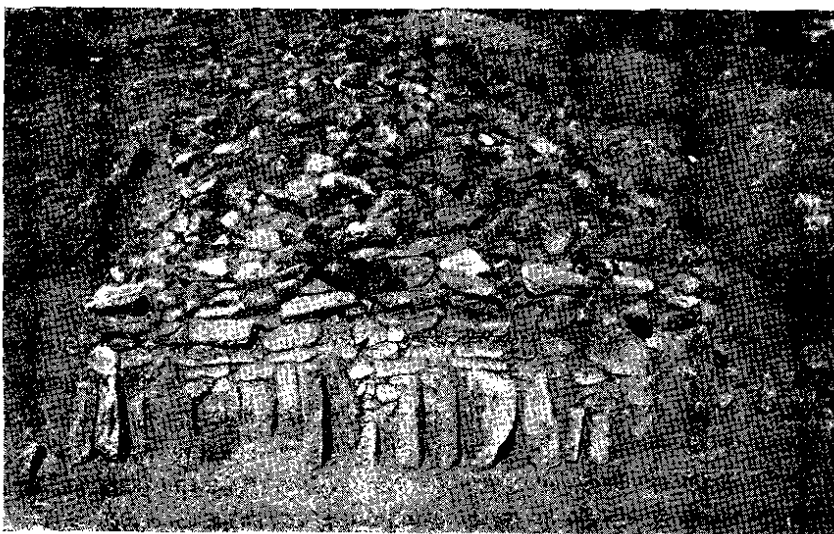


Fig. 7 - Una de las estructuras o plataformas típicas de los yacimientos del Alamiro; corresponde al número 3 del esquema de la fig. 4.

En el pasillo de la unidad B, se halló la figura de piedra que se describe más adelante. En C1 —terrace intermedia— se encontró una cabeza de piedra; y una grotesca figura, apareció casi en el extremo E. del pasillo de la unidad D. También se hallaron, en la unidad B, restos de un cráneo humano y de huesos largos en el lado E. de la plataforma N. Todas estas circunstancias nos hacen suponer que estas estructuras

estuvieron destinadas a fines ceremoniales. Es indudable que una organización social tan cuidadosa y que planificaba y distribuía sus poblados de manera tan regular como la que presentan estas unidades arqueológicas, no pudo descuidar el aspecto ceremonial; creemos que en todo lo excavado hasta ahora, son estas estructuras las que mejor parecían prestarse a estos fines.

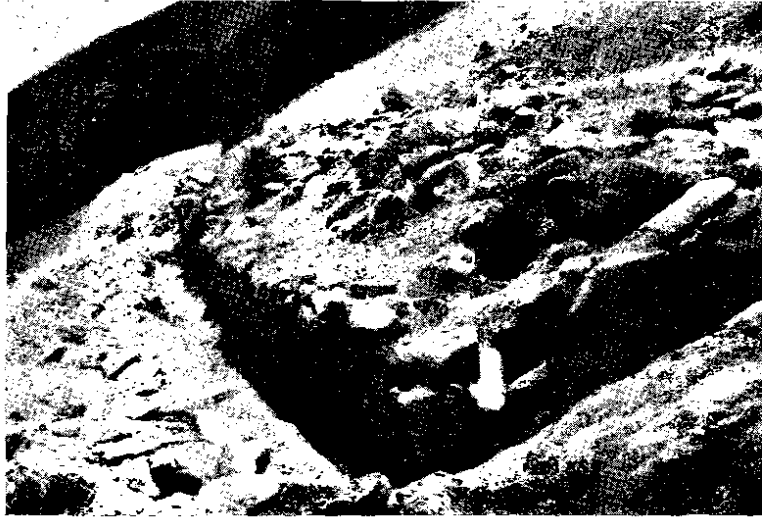


Fig. 8. - Otra vista de las estructuras o plataformas de piedra indicada con el número 3 en el esquema de la fig. 4.

Hay algunas unidades donde no existen plataformas de piedra. Estas están reemplazadas por pequeñas acumulaciones de loess que ocupan la misma posición que aquéllas frente a los montículos de los basureros.

6. Frente al pasillo correspondiente a las plataformas que acabamos de describir se halla en forma casi constante un pequeño montículo de loess (fig. 4 N° 5). No tiene más de 1 a 1,80 m de diámetro y su altura no supera los 0,80 m. A veces está completamente borrado y otras apenas se alcanza a percibir su existencia. Conocemos un solo caso que presenta un aditamento de piedras. El objeto funcional de estos montículos es totalmente desconocido.

7. El espacio situado entre los bordes externos de las estructuras de piedra y las habitaciones descritas en segundo término, espacio indicado con el número 10 en la figura 4, proporcionó en las excavaciones variados elementos arqueológicos. En primer lugar una serie de

enterratorios de tipo diverso, la mayoría de ellos pertenecientes a sujetos adultos en entierros primarios. También se hallaron allí gran cantidad de vasijas rotas "in situ" (fig. 12), molinos planos, manos, un hacha de metal, fuentes y platos de piedra, restos de un tubo cilíndrico de alfarería; en un caso aparecieron abundantes restos de carbón junto con paja quemada. Todo esto sobre un piso más o menos consolidado y de perímetro muy difícilmente definible. Los diversos elementos de juicio reunidos inducen a suponer que un cierto número de tareas de la vida cotidiana se realizó en estos lugares. Debió existir aquí un techo a manera de tinglado o alero como aún hoy utilizan los nativos del N. O., y como utilizaron otras culturas de la misma área. Nosotros encontramos en el Cerrito Colorado frente a La Ciénaga, Dto. de Belén, elementos que nos inducen a suponer en la existencia de tales aleros. Este sitio se usó también en el Alamito como enterratorio tal como sucede con las habitaciones comunes.

8. Fuera de los elementos descritos, que forman parte integrante de las unidades arqueológicas, existen otros elementos cuya vinculación con aquéllas no resultan tan claramente definidas. Así al O del montículo mayor de la unidad B existe una estructura formada por una sola hilera de piedras dispuestas en un círculo de 21 m de diámetro.



Fig. 9. - Una de las estructuras o plataformas de piedras —número 3 del esquema de la fig. 4— mostrando el considerable derrumbe ocurrido en el "pasillo" de la misma.

Este círculo posee una especie de "entrada" de 2,40 m de ancho por 1,75 m de largo. Otra estructura similar existe cerca de la unidad A, pero es de forma rectangular y mide 16,5 por 15,5 m.

Cerca de las altas barrancas de la terraza denominada Mesada Toribio, al S de las unidades arqueológicas que allí se encuentran, y sobre el borde mismo de la terraza, donde ésta cae a pico, existen los cimientos de dos habitaciones de paredes muy bien definidas con una entrada o puerta bien clara. El tipo de estas construcciones y el hallazgo superficial de dos fragmentos de alfarería de tipo Famabalasto Negro sobre Rojo, nos inducen a suponer que estas habitaciones son mucho más recientes que las unidades arqueológicas a que nos hemos referido.

9. Enterratorios.

Diversos tipos de entierros se hallaron en las excavaciones de las unidades arqueológicas del Alamito. La forma más común es el entierro directo dentro de las habitaciones o en los sitios indicados con el N° 10 del croquis de la figura 4. El entierro dentro de las habitaciones es una modalidad muy poco conocida en la arqueología del área Central del NO (fig. 11). Los entierros ocurren dentro de los dos tipos de habitaciones descritos, las inhumaciones se hicieron en posición genupectoral laterizada. Sólo en un caso parece haberse enterrado el cadáver semiextendido. Se usaron pozos simples en forma cónica o caliciforme, excavados directamente en los sedimentos blandos. En la habitación N° 4 de la unidad D, la entrada de la tumba estaba indicada por una superficie casi circular de 0,75 m de diámetro. Esta superficie la ocupaba una tierra floja en vez del característico piso consolidado. Excavada reveló ser una cámara que se ensanchaba hacia el oeste. A pocos cm. del nivel del piso se hallaron los restos fragmentados de un gran recipiente de paredes delgadas. Éste debió colocarse ya roto en la entrada de la tumba. En el fondo la cámara poseía un diámetro de 0,89 m. y la profundidad máxima alcanzó a 1,30 m. Dentro se hallaron restos de los cadáveres, en pésimo estado de conservación. En la unidad B, la excavación de la tumba tenía forma rectangular y junto al esqueleto se hallaron varias cuentas de collar. En la habitación N° 2 de la unidad B, el cadáver se hallaba en posición genupectoral sentado. Los niños parecen haberse enterrado directamente y sin ajuar. La proporción de esqueletos infantiles resulta muy escasa (1 sobre 19 adultos), de manera que es el caso de preguntarse si no existiría algún otro lugar especial donde se los enterraba.

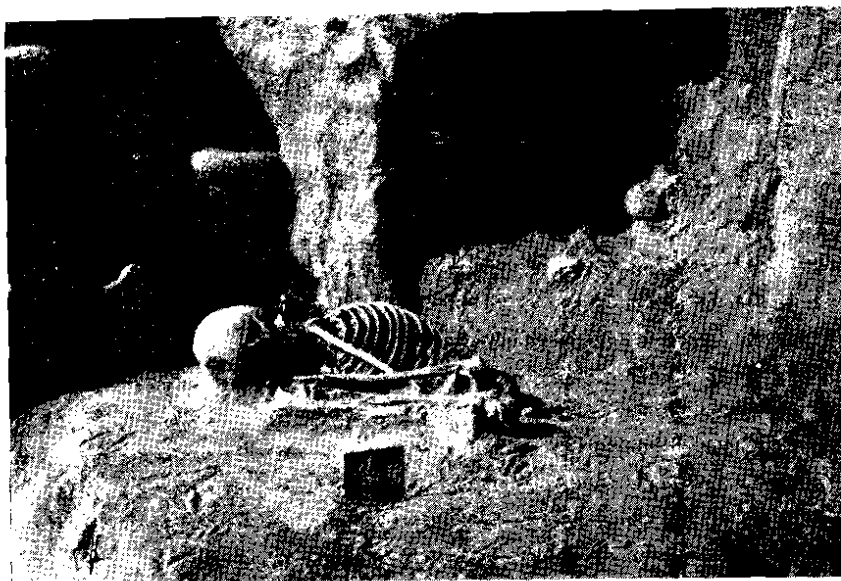


Fig. 10 - Enterratorio de adulto sin ajuar hallado en la unidad B (U. B).



Fig. 11 - Piso superior e inferior de M 2, de la Unidad III. Puede observarse, en el piso inferior, la entrada de dos cámaras funerarias, una de ellas con un esqueleto ya descubierto.

Fuera de las habitaciones los entierros tienen el mismo carácter que en aquéllas, es decir entierros directos en posición genupectoral lateralizada, sin ajuar (fig. 10). En la unidad B se hallaron sin embargo dos cráneos aislados y los restos de un tercer individuo seccionado nítidamente a la altura de la segunda vértebra lumbar, y del que faltaba toda la parte superior. Una excepción al tipo común de entierro es el efectuado en la unidad D. Se trata de un sujeto adulto en la posición habitual que estaba acompañado por un ajuar fúnebre constituido por un mortero de piedra y dos jarros de cerámica pulida, pertenecientes a tipos Ciénaga. Algunos enterratorios poseían algunos elementos que difícilmente pueden considerarse como un verdadero ajuar fúnebre, en dos casos se hallaron cuentas de collar alrededor de las vértebras cervicales de los inhumados y en otros dos se encontraron una serie de útiles de huesos, pequeños y alargados.



Fig. 12 - Fragmentos de grandes vasijas puestas al descubierto en las excavaciones la unidad D (U. D.).

Otros restos esqueléticos han sido encontrados, según ya dijimos, en los basureros; se trataba de restos dispersos. En un caso los huesos conservaban adheridos restos de pintura roja, quizás hematita molida. Todos los cráneos hallados presentan deformación intencional de tipo tabular erecto.

B) Elementos arqueológicos mobiliarios.**a) Piedra.**

Una característica muy importante de la cultura que nos dejó los yacimientos arqueológicos del Alamito y Agua de Las Palomas fue la gran habilidad que sus portadores tuvieron en la talla de la piedra y en el arte escultórico. De los yacimientos nombrados en primer término proceden tres cabezas antropomorfas y restos de un mortero esculpido que evidencia un extraordinario sentido plástico que apartándose de cánones naturalistas simplifica el rostro humano acentuando algunos de sus rasgos con vigorosa estilización.

El espécimen esculpido de mayor interés arqueológico hallado hasta ahora lo constituye la pieza monolítica que ilustramos en la figura 13. Se trata de una pieza de 98 cm de alto que reproduce una figura femenina. En el rostro se han reproducido en relieve los principales detalles anatómicos, así los ojos son dos saliencias redondeadas provistas de una depresión que indica la pupila. La nariz y la boca se hallan rodeadas de una línea profunda que delimita el rostro y le dan el aire de ciertas figuras tiahuanacotas. Este carácter se acentúa en la posición de las manos situadas a ambos lados del cuerpo y uniéndose a la altura del abdomen, donde lleva un leve esbozo de dedos. Las mamas están, también, en relieve, son pequeñas pero se destacan muy bien. Un carácter interesantísimo de esta figura es el que presenta en su parte posterior donde, sobre la cabeza y la espalda, se halla representada una figura zoomorfa bastante difícil de definir, la que por momentos pareciera ser una especie de saurio. Se destaca, en esta segunda figura montada sobre la primera, la boca, que pese a una rotura permite ver una larga fila de dientes y los ojos indicados por dos depresiones bien visibles. Sobre la parte inferior de la figura humana aparecen, a ambos lados, las patas de la representación zoomorfa. Si la figura superior no es un saurio, bien podría tratarse de una representación felínica usada como adorno cefálico por la imagen inferior.

Esta escultura, similar a las piezas provistas del "alter ego" halladas en Colombia y Centro América es la primera vez que se halla, bajo esta forma, en el NO argentino. Hemos visto piezas de Nicaragua y Costa Rica donde la figura montada sobre la representación humana es un saurio. Los únicos ejemplares conocidos de figuras provistas de "alter ego" del NO serían algunas pequeñas figuras que adornan las tabletas de ofrenda del área de la Puna. Otros especímenes del Litoral para los que se ha invocado el mismo carácter nos parece que difícilmente entran en esta categoría.

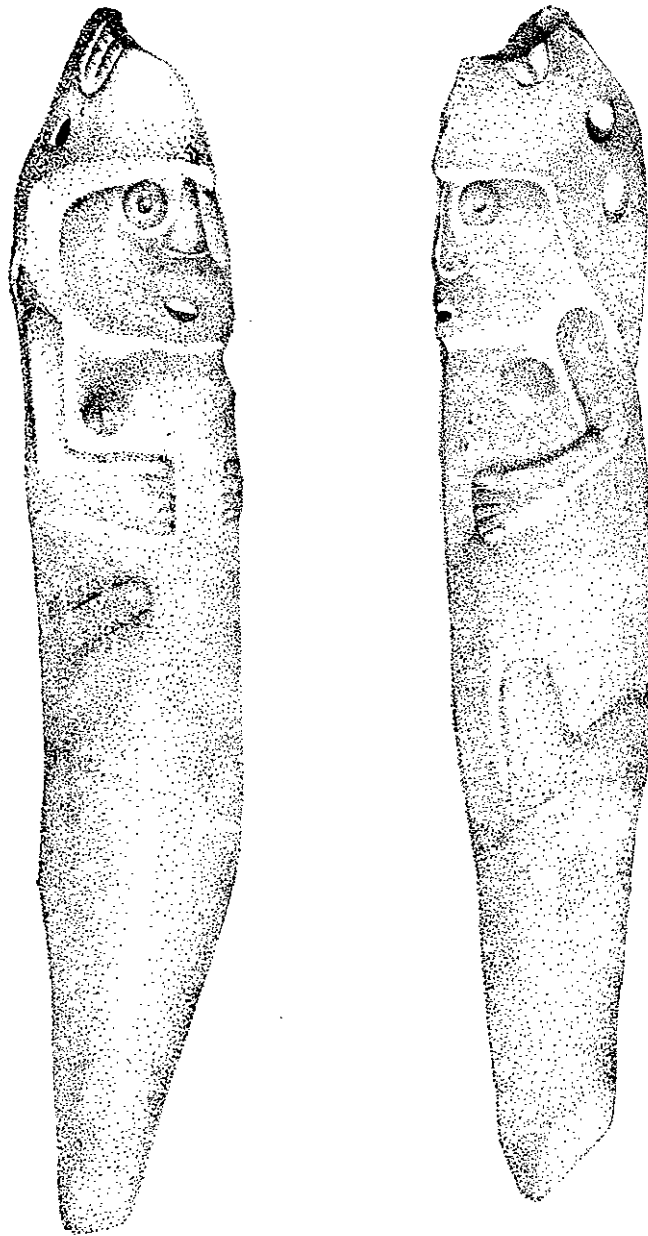


Fig. 13 - Figura monolítica esculpida hallada en el "pasillo" situado entre las estructuras de piedras o plataformas de la unidad B. Yacimiento del Alamo. Largo, 98 cm.

Volviendo a nuestro ejemplar, éste se halla aguzado en el extremo inferior, es decir, que se lo debió usar enterrado hasta cierta altura. La parte posterior de la pieza es completamente plana. Sobre la superficie se advierten huellas del trabajo a la martellina que le dio forma.



Fig. 14 - La pieza monolítica esculpida ilustrada en la figura 13 "in situ". Puede observarse la mitad N. de la estructura de piedra de dicha unidad y un plato de piedra muy próximo a la figura esculpida.

Se halló este espécimen en el pasillo situado entre las dos estructuras de piedra de la unidad B (fig. 14). La figura esculpida debió ocupar un lugar especial casi en el centro de este pasillo. Se la halló debajo de un amplio cúmulo de piedras producto del derrumbe de la

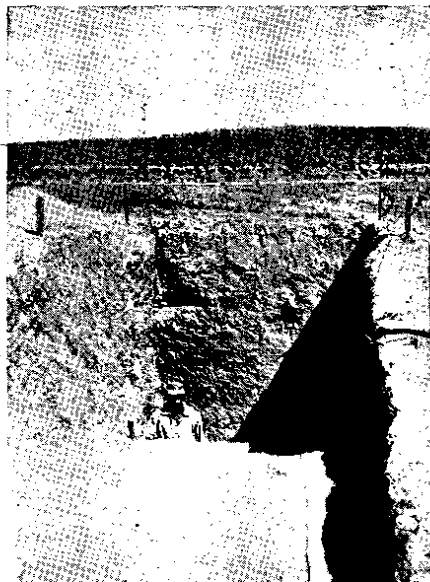


Fig. 15 - Prueba estratigráfica en el centro del montículo mayor de la unidad B. Yacimientos del Alamito.

pared S de la estructura Norte. Muy cerca de la figura apareció un plato circular de piedra; quizás se trata de un depósito de ofrendas.

Fuera de las piezas escultóricas que hemos mencionado, creemos que debe atribuirse al mismo contexto el curioso ejemplar antropomorfo cuyo calco existe en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y cuyo original procede de los alrededores de Andalgalá. No sería muy difícil que una serie de piezas dadas a conocer por Ambrosetti en los comienzos del siglo pertenezcan también al mismo patrimonio (Ambrosetti 1906; fig. 206, Colección Fregueiro, Catamarca y fig. 207, p. 268, colección Max Schmidt⁷ de La Rioja). En el Museo de La Plata se guardan una serie de ejemplares muy semejantes y de excelente factura. En el Museo de Catamarca hay, también, otros especímenes simi-

⁷ El finado Dr. Max Schmidt reunió su colección en Andalgalá con piezas que procedían de sus inmediaciones, de manera que pese a figurar ese espécimen como procedente de La Rioja, éste quizás haya sido encontrado en Catamarca. El Dr. Max Schmidt ejerció hasta hace unos años su profesión de médico en la mencionada ciudad catamarqueña. Su muerte ocurrida a una avanzada edad, pasó completamente inadvertida para los arqueólogos pese a ser una benemérita figura, amigo de Ambrosetti y de Lafone Quevedo a quienes brindó muchos ejemplares arqueológicos, algunos de los cuales pasaron a integrar las colecciones del Museo de La Plata.

lares, que proceden de Andalgala y del Valle del Suncho, es decir, de las vecindades del Campo del Pucará.

En la lista de útiles trabajados en piedra desenterrados en las excavaciones se cuentan fuera de los mencionados los siguientes: un ejemplar de punta de proyectil, trabajado en obsidiana, se halló en el pasillo de una de las estructuras de piedra de la unidad B. Corresponde al tipo que hemos encontrado en tumbas y sitios de la cultura Condorhuasi.

Un colgante fusiforme tiene la misma procedencia que la pieza anterior.

Hachas de cuello completo son comunes en la zona estudiada. Seis especímenes se obtuvieron por compra y un ejemplar se halló al excavar el piso de la habitación N° 2 de la U.B., a 0,50 m de profundidad, de manera que parecen integrar el patrimonio cultural del pueblo que habitó estos sitios.

Las fuentes y platos hallados son en todo análogos a las piezas procedentes de tumbas Condorhuasi. Algunos especímenes van provistos de mangos antropo o zoomorfos cuidadosamente trabajados. En las excavaciones se hallaron cinco; proceden tanto de las viviendas como de los lugares marcados con el número 12 del esquema ilustrado en la figura 4.

En la zona es frecuente el hallazgo de piedras más o menos fusiformes, de sección circular en el centro y de puntas más o menos salientes. Funcionalmente se las ha interpretado como piedras de hondas. Un ejemplar fue hallado "in situ" en U.B.M. 3 a 1,60 m de profundidad. En la misma clase de material hay que incluir cuentas de collar de turquesa y malaquita. Son de tipo circular, achatadas y relativamente escasas. Alrededor de las vértebras cervicales de un esqueleto exhumado en U.B.M. 3 se hallaron 9 ejemplares. Finalmente otros elementos de piedra comprenden un martillo con cuello completo, varios morteros de cavidad cilíndrica. Procedente de la zona que estamos tratando adquirimos dos especímenes de interés. Uno es un mortero con una cara humana, el otro los restos de una piedra de moler semejante a las conanas o metates, pero, caso excepcional, está provisto de protuberancias en la cara opuesta a la cara plana. Son muy comunes en todos los sitios los restos de molinos planos y sus manos.

b) Material trabajado en hueso.

Es relativamente pobre el material trabajado en hueso hallado hasta ahora y carece de significado cultural diagnóstico. Se reúnen aquí algunos perforadores y las curiosas piezas alargadas que en número de

4 ó 5 se encontraron asociadas a dos de los esqueletos excavados. Miden término medio 75 mm de largo.

c) Piezas de metal.

Dos piezas metálicas aparecieron en las excavaciones. La primera es un pequeño anillo, seguramente de cobre que se encontró en el sondeo del montículo mayor de la unidad B. En la unidad D. 1, se halló un bacha de orejas pequeñas semejantes a piezas que se hallan en el contexto Ciénaga.

d) Piezas trabajadas en concha.

Trabajados en valvas de moluscos existen sólo dos especímenes. Fueron hallados en la unidad B.M. 1. Carecen de valor diagnóstico.

e) Alfarería.

Elemento esencial para la filiación cultural de los pueblos agroalfareros, la discusión y el análisis de los tipos cerámicos hallados en las excavaciones requeriría un espacio varias veces superior al de este trabajo. A título ilustrativo y mientras se realizan las investigaciones complementarias damos en las tablas 4, 5, 6 y 7, algunos ejemplos de resultados de pruebas estratigráficas. Las mismas nos informan sobre algunos de los tipos aparecidos y su proporción relativa.

Dentro del material cerámico hay que incluir también tubos de cerámica de unos 30 a 38 cm de largo y 10 - 15 cm de diámetro, lisos en toda su superficie, y de paredes relativamente delgadas que apare-

Cuadro 4. UNIDAD G I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Grabada	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Ciénaga Pintada	Gris Lisa	Ciénaga I
1	554	1	2	15	20	7	—
2	281	—	4	24	15	11	4
3	263	1	8	14	13	14	1
4	350	—	18	3	14	7	—
5	203	—	9	6	8	15	—
6	?	1	5	10	5	8	2
7	7	—	7	—	—	1	—

Cuadro 5. UNIDAD I. ESTRATIGRAFIA EN MONTICULO I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbua
1	1360	10	16	—	8	—	23	1	12	—	1	14
2	873	3	7	1	1	4	5	5	2	2	—	20
3	657	2	3	—	4	9	6	2	5	—	1	8
4	658	3	4	—	4	—	24	1	3	1	—	22
5	644	5	4	1	8	25	9	2	4	1	—	36
6	113	1	—	—	3	—	4	—	—	1	—	6

Cuadro 6. UNIDAD D. MONTICULO I. EL ALAMITO

Capas	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbua
1	656	2	10	2	2	6	6	—	3	—	—	7
2	1366	—	4	—	6	13	7	4	2	2	—	21
3	909	—	9	—	5	25	5	4	—	—	2	24
4	962	4	7	—	6	34	6	—	2	—	—	22
5	1025	5	11	2	12	36	13	1	1	—	4	22
6	1212	3	2	1	12	69	13	6	2	—	2	28
7	1290	25	4	—	—	56	17	2	3	2	2	30
8	1100	8	6	—	18	41	12	7	—	1	3	55
9	937	5	—	—	18	7	11	6	2	—	—	37
10	239	—	—	—	7	6	4	2	1	—	1	13
11	2	1	—	—	3	—	—	—	1	—	—	1

Cuadro 7. UNIDAD B. ESTRATIGRAFIA EN MONTICULO I. EL ALAMITO

Capa	Tosca	Tosca Alisada	Tosca Grabada Líneas Finas	Tosca Grabada Líneas Gruesas	Tosca Pintada	Tosca Pintada Lín. Verticales	Alamito Monocromo	Ciénaga Grabada	Gris Lisa	Ciénaga Pintada	Ciénaga Rojo Liso	Condorbuas
1	528	—	4	2	4	—	2	1	2	—	—	11
2	592	—	3	—	3	2	—	16	1	—	—	12
3	320	1	7	—	4	4	3	—	—	—	1	10
4	677	—	12	—	6	21	7	12	1	—	—	25
5	962	8	7	—	11	40	10	10	—	2	2	47
6	835	6	2	1	6	35	10	9	2	—	2	40
7	643	2	9	—	5	35	5	1	1	—	—	35
8	715	4	7	1	3	43	2	6	1	2	3	40
9	841	1	3	1	23	93	7	6	1	1	—	42
10	869	1	7	2	5	94	14	8	2	1	—	34
11	762	3	6	4	6	60	10	1	1	—	1	49
12	594	4	5	—	2	65	9	5	—	1	—	36
13	548	—	21	6	—	87	43	11	—	—	—	23
14	498	9	4	1	12	76	3	9	2	—	5	20
15	1372	10	16	—	4	54	22	5	1	1	4	32
16	152	1	1	—	—	15	4	—	—	—	—	6

cieron en la excavación de dos unidades diferentes. La significación funcional de estos tubos es muy difícil por el momento.

De la zona se conocen dos figurillas antropomorfas, son muy sencillas y difieren sustancialmente de los especímenes que hemos reconocido como pertenecientes a la cultura de los Barreales.

En las excavaciones se hallaron algunas piezas fragmentadas que deben ser instrumentos musicales, uno de ellos es un silbato, el otro puede ser una ocarina. Sólo dos ejemplares de torteros de barro cocido se han encontrado. Son del tipo liso. Finalmente hay que incluir una serie de especímenes que con gran frecuencia aparecieron en los basureros, tanto de Agua de las Palomas como del Alamito. Son piezas circulares, de unos 15-20 mm de diámetro hechas en fragmentos de cerámica rota, cuyo perímetro fue cuidadosamente desgastado hasta obtener la forma deseada. Debe tratarse de piezas de juego.

X. *Filiación cultural de los yacimientos excavados.*

Es difícil poder ubicar estos yacimientos en un contexto determinado. Entre estas dificultades hay que anotar:

1. La agrupación contextual de los dispersos elementos excavados en el área Central del N.O. argentino ha comenzado recién en los últimos 8-10 años. Hasta entonces el todo caía bajo el rótulo infotme de "diaguita".

2. Las excavaciones sistemáticas son reducidísimas en relación con la extensión e importancia de la zona.

3. Gran parte de los patrimonios culturales fueron definidos a base del contenido de tumbas, lo que nos brinda un aspecto muy parcial de los contextos respectivos.

4. El Campo del Pucará se halla en los límites de dos áreas geoarqueológicas distintas por lo que es de esperar la mezcla y complejidad características de las zonas de contacto.

5. Las áreas aledañas al Campo del Pucará, como el valle de Tafi, la vertiente oriental tucumana del Aconquija y la sierra de Narváez, lo mismo que la zona N. de Santiago del Estero, son casi totalmente desconocidas desde el punto de vista de sus secuencias y contextos.

Aquí trataremos, muy brevemente, de analizar la situación cultural de estos yacimientos en relación con los yacimientos y las culturas conocidas del valle del Hualfin. Desde ya podemos adelantar que muchos puntos quedarán sin respuesta adecuada hasta que se excaven y se conozcan mejor las áreas vecinas; esto es lógico que ocurra en excavaciones que tienen el carácter de ser las primeras en este tipo de yacimientos. De cualquier manera el correcto planteamiento de la problemática facilitará la respuesta el día en que las nuevas excavaciones aporten los nuevos elementos de juicio.

a) *Los yacimientos excavados y la fase Ciénaga de la cultura de los Barreales.* En la lista de la cerámica hallada en las excavaciones figuran todos los tipos descritos como pertenecientes a la fase Ciénaga, excepción hecha de los siguientes:

Ciénaga Grabado Simple (hay un solo fragmento en Agua de Las Palomas).

Ciénaga Grabado Simple Pintado.

Urnas Ciénaga Grabada.

Entre los subtipos del C. Grabado Geométrico abundan los que hemos clasificado como tipos a y b, en cambio faltan o no son muy escasos los subtipos d, e, f, g, l, h, j.

La presencia de tantos tipos cerámicos pertenecientes a la fase Ciénaga, llevaría a clasificar este yacimiento dentro de aquel contexto; pero analizando el problema con criterio analítico veremos que la situación es más compleja de lo que a primera vista parece y que se requiere algo más que la simple presencia cerámica para poder dar un juicio definitivo sobre la ubicación cultural de un complejo de elementos cualquiera.

En los típicos yacimientos Ciénaga estudiados a orillas del Hualfin el porcentaje de los tipos cerámicos es muy diferente que el que aparece en los yacimientos del Campo del Pucará. Así tomando solamente el tipo C. Grabado Geométrico en sus subtipos a y b, estos aparecen en el valle del Hualfin, en los basureros que nosotros estudiamos, en un porcentaje mayor al 50 % del total de fragmentos. En los yacimientos aquí considerados es excepcional que ese mismo tipo llegue al 10 % del total. No podemos dejar de desconocer este importante hecho, sobre todo cuando lo consideramos en relación con el resto del patrimonio. Tomando por ejemplo las costumbres funerarias: sobre 21 tumbas o enterratorios excavados en el Campo del Pucará sólo uno es indiscutiblemente Ciénaga. Los otros 19 carecen de ajuar fúnebre, cosa que no ocurre sino en casos muy excepcionales en los yacimientos del valle del Hualfin; allí la casi totalidad de los entierros Ciénaga tienen ajuar que muestran una marcada variación en cuanto al número de ofrendas, pero en los que por excepción faltan piezas de alfarería. Estas pueden llegar a 20 o más especímenes en una sola tumba. Otro carácter distintivo fundamental es la ausencia de entierro de párvulos en urnas en los yacimientos del Alamito y Agua de las Palomas. Estos entierros dan un carácter muy definido a los cementerios del valle del Hualfin, y en algunos casos los hallazgos de urnas en un solo cementerio llegan al centenar. En el Alamito el único entierro de niño es un entierro directo.

La industria lítica muestra algunas diferencias marcadas entre los yacimientos considerados y la fase Ciénaga. En los yacimientos del Campo del Pucará falta totalmente la industria basáltica monofacial que hemos definido como perteneciente a aquella fase cultural. También están ausentes las curiosas esferas líticas provistas de mamelones que aparecen en algunas tumbas Ciénaga, aunque es necesario hacer notar que estos últimos elementos no son, tampoco, muy frecuentes en este patrimonio. También faltan las pipas de barro cocido y los grandes vasos o jarros de saponita que aparecen en el contexto Ciénaga del Hualfin.

Las habitaciones Ciénaga del valle del Hualfin son desconocidas

aún. Las viviendas que excavamos en Laguna Blanca y que contenían cerámica Ciénaga eran de planta oval, con cimientos de piedra y semi enterradas, muy diferentes a las del Alamito. Hay sin embargo un carácter general común, muy importante, que también comparte Condorhuasi en Laguna Blanca, y es que tanto en Ciénaga como Condorhuasi y el Alamito carecieron de verdaderos pueblos, estando las viviendas agrupadas en muy pequeño número alrededor de la depresión central en el Alamito y alrededor de los recintos de siembras o círculos de piedras, en Laguna Blanca. Este carácter que aparece también en los sitios del valle de Tafi que fotografiamos desde el aire, nos induce a suponer que aquellos restos del valle tucumano deben pertenecer también a culturas agroalfareras de los períodos más tempranos.

Por último, entre los elementos de barro cocido, hay que agregar la ausencia en Ciénaga de las piezas circulares pequeñas, probables cuentas de juego, que aparecen en profusión en el Alamito.

Entre las piezas de metal, el hacha de orejas hallada en la unidad III puede ser muy bien Ciénaga, en cambio un pequeño anillo hallado en unidad B, carece de valor diagnóstico. No son muy abundantes en Ciénaga las piezas de metal, pero aparecen pinzas y campanillas que hasta ahora no se han hallado en el Alamito. Otros elementos comunes de ambos patrimonios podrían ser las piedras pequeñas aovadas y quizás las tumbas de tipo de cámara lateral, pero éstas existen también en la cultura Condorhuasi.

b) *Los yacimientos excavados y la cultura Condorhuasi.*

A excepción de los tipos cerámicos que hemos denominado Condorhuasi Bicolor y Condorhuasi Tricolor, los demás tipos Condorhuasi están presentes en alguno de los yacimientos estudiados. Pero es necesario tener en cuenta que los dos tipos antes nombrados son excepcionales en los yacimientos Condorhuasi y no sería raro que sean intrusivos, es decir, que carecerían de valor diagnóstico para aquella cultura.

El estudio del resto del patrimonio nos revela que faltan en los sitios del Campo del Pucará las características pipas de saponita de Condorhuasi y también el tembetá, pero aquéllas no son muy abundantes y éstos sólo por excepción se han hallado en tumbas, conociéndose su uso por su representación en las piezas antropomorfas de alfarería. En cambio han aparecido en el Alamito morteros antropomorfos y zoomorfos, fuentes y platos de piedra que son bien característicos de Condorhuasi.

Poco valor diagnóstico tienen otros elementos como los collares de turquesa o malaquita. En la cultura Condorhuasi han aparecido con gran frecuencia ejemplares formados por cuentas numerosas y muy bien elaboradas; en el Alamito los collares son muy escasos hasta ahora. La única punta de proyectil hallada en este yacimiento pertenece sin duda a la cultura Condorhuasi, pero su carácter de ejemplar único le confiere poco carácter definitorio.

Un elemento común entre ambas culturas es la presencia de hachas de piedra de cuello completo. Otro carácter común, pero de índole general, sería el gran desarrollo del arte escultórico, pero para poder establecer una correlación estrecha es necesario que este rasgo se revele en lo particular, con similitud de elementos específicos, y no como un carácter general. Un mortero y las asas de las fuentes comparten ese carácter específico.

En las costumbres funerarias de la cultura Condorhuasi existe un amplio margen de variación. Existen tumbas con un rico ajuar fúnebre y otras muy pobres, lo que traduce quizás diferencias sociales si es que esas tumbas fueron sincrónicas. Algunas tumbas sólo poseían útiles de piedra o hueso, e ignoramos en qué proporción aparecen tumbas sin ajuar aunque sospechamos que fueron bastante frecuentes. Ya vimos que en el Campo del Pucará el entierro con ajuar fúnebre es la excepción. Un carácter común es la ausencia o escasez de entierros en urnas, aunque para darle valor a este rasgo cultural son necesarias más excavaciones.

La metalurgia parece haber sido relativamente pobre en Condorhuasi, si bien se han hallado pulseras y plaquitas de metal en sus tumbas, todas posiblemente de cobre. Ya vimos el carácter excepcional de la metalurgia en el Alamito.

c) *Comparaciones con otras culturas, o yacimientos.*

La comparación con otros sitios arqueológicos no arroja mayores luces sobre estos yacimientos. Montículos dispuestos con cierta regularidad aparecen en Santiago del Estero; a veces esos montículos fueron habitaciones y otras veces se usaron para enterratorios, pero hasta ahora no tenemos noticias de la existencia de unidades perfectamente definidas como estas del Campo del Pucará, y faltan en Santiago trabajos arqueológicos realizados con técnica adecuada.

En Barreales se usaron grandes montículos que urge excavar para determinar su sentido funcional; recién entonces estaremos en condiciones de poder establecer similitudes o diferencias.

Es necesario estudiar también con toda urgencia las culturas que dejaron los curiosísimos restos del valle de Tafi. Con ellas los yacimientos del Campo del Pucará comparten algunos rasgos comunes. En primer lugar el carácter de que faltan verdaderos pueblos y existen, en cambio, unas pocas habitaciones alrededor de un centro común, si bien las unidades arqueológicas no son tan regulares en el valle de Tafi, como estas del Campo del Pucará. Otro rasgo común es la presencia de menhires y de círculos de piedra. Aunque en el Alamito no se halló ningún menhir "in situ", encontramos varios especímenes de más de 1 m de alto y de forma regular, caídos sobre la superficie del suelo. El ejemplar de Agua de las Palomas es, sin embargo, muy definido. Otro rasgo común sería la gran frecuencia de cerámica tosca, por oposición a todo otro tipo, que se señala en los yacimientos de Tafi.

Si hemos mencionado elementos comunes con otras culturas es necesario señalar los elementos que son, hasta ahora, típicos de estos yacimientos. Entre ellos se destaca la curiosa y planificada distribución de sus viviendas. Ya veremos que esta forma aparece sólo en la cultura de Chiripa, aunque ciertas descripciones etno-históricas para la zona sur de Santiago del Estero y Córdoba parecerían describir pequeños núcleos de población semejantes. Otro rasgo, excepcional en la zona Central del N.O., es el de la sepultura dentro de las viviendas, pero esa costumbre es común en la Quebrada de Humahuaca y en zonas aledañas. Por otra parte no podemos asegurar que Ciénaga no enterrara a sus muertos también dentro de las habitaciones, pues este problema se presenta aun confuso a la luz de las actuales evidencias. Por último hay que mencionar entre los rasgos propios del Alamito tres tipos cerámicos: Alamito Líneas Verticales; A. Tosco Pintado y A. Tosco Alisado, y la presencia de esculturas en piedra de formas curiosas y específicas, tales como las ya mencionadas cabezas y la pieza monolítica.

En la nota donde dimos cuenta de las primeras excavaciones en el Alamito (Rex González 1957) nos inclinamos a incluir estos yacimientos dentro de la cultura Condorhuasi, cuyo centro original no ha sido hallado. El examen posterior de los materiales arqueológicos y de las diferentes evidencias que hasta ahora disponemos, aunque no descartan esa diagnosis, dejan algunas dudas sobre la misma. Es evidente de que existen muchos elementos en común entre la cultura Condorhuasi y los especímenes recuperados en las excavaciones del Campo del Pucará, pero existen otros que tienden a separar estas dos entidades. Las diferencias se manifiestan particularmente en las pruebas estratigráficas. En algunas de esas pruebas no aparece un solo fragmento de la cerámica

de Condorhuasi Clásica. Pero el problema reside en qué medida ese tipo cerámico sirve como elemento diagnóstico de la cultura Condorhuasi. En nuestro trabajo sobre esta cultura decíamos: "Es probable que en la facie más antigua de la cultura Condorhuasi no se conociera el tipo de alfarería Condorhuasi Clásico..." (González 1956, p. 63). No hay duda de que la cultura Condorhuasi debió abarcar un largo lapso y que por lo tanto podrá subdividirse en varias etapas, pero con los elementos conocidos hasta ahora cualquier subdivisión sería prematura. Es necesario esperar, hasta tanto se encuentre un centro geográfico donde esta cultura pueda ser aislada de influencias extrañas. Recién entonces estaremos en condiciones de poder valorar exactamente el sentido que tienen la gran cantidad de elementos Condorhuasi encontrados en el Alamito.

Pero si no es posible, por el momento, incorporar estos yacimientos a la cultura Condorhuasi, tampoco estamos autorizados a hacer de ellos una dependencia de la fase Ciénaga de la cultura de los Barreales. Las diferencias en el material lítico y en las prácticas funerarias son demasiado marcadas para esta inclusión. Otra cosa muy distinta es ver el claro proceso de aculturación que aquí se estaba operando. No hay ninguna duda de que la fase Ciénaga ejerció un extraordinario influjo en este pueblo de Campo del Pucará. La presencia de miles de fragmentos cerámicos de tipos pertenecientes a esa fase cultural lo prueban de manera concluyente. Las influencias fueron tantas que en determinado momento este pueblo empezó a adoptar las mismas costumbres funerarias de Ciénaga, como prueba el hallazgo de una típica tumba de esa fase cultural. Pero con todo, esa influencia no alcanzó a cambiar los rasgos esenciales de la funebría del contexto original. Por ahora es imposible determinar si toda la cerámica Ciénaga que aparece en El Alamito es local o se trata de piezas importadas. Pero si es original, nos preguntamos ¿por qué motivo no se halló en las excavaciones del Alamito un solo ejemplar de las urnas Ciénaga cuando éstas en los sitios originales del Hualfin son tan abundantes?

Los cuadros gráficos de la seriación estratigráfica probarían que la influencia de los tipos cerámicos Ciénaga y Condorhuasi, aunque muy próximos en el tiempo, tuvieron cierto carácter diacrónico. Es decir que cuando aparece mayor cantidad de elementos de una, desaparecen o disminuyen los de la otra, y el valor de esa conclusión sería igual aun en el supuesto caso de que el proceso se hubiera cumplido en sentido inverso, es decir que hayan sido los elementos Ciénaga los que desplazaran a Condorhuasi.

El problema de la filiación cultural exacta de estos yacimientos, queda, pues, en pie, y sobre él esperamos volver en el trabajo definitivo.

XI. *Comparación con otras áreas.*

Las relaciones de los yacimientos estudiados reafirman algunos conceptos ya esbozados anteriormente sobre vinculaciones prehistóricas del N. O. argentino. Hemos señalado aquí el aire tiahuanacota que presenta la figura monolítica esculpida (fig. 13). Es muy interesante que en este mismo sitio aparezca la cerámica Condorhuasi de tipo Clásico en la que se han visto, también, ciertas reminiscencias de la cerámica Tiahuanaco, tales como la gran frecuencia de los motivos escalonados y cierta manera de combinar los colores con que se pintan los motivos decorativos de esos vasos. Es indudable que esas similitudes deben ser establecidas con el Tiahuanaco temprano y no con el Clásico, ya que la posición en la cronología absoluta de éste estaría en contradicción con la fecha que ahora estamos dispuestos a asignar a Condorhuasi. Algunos otros elementos reafirman esas posibles relaciones, tales como el uso del tembetá y la escasez proporcional de cerámica pintada, en relación con la tosca, en los niveles del Tiahuanaco antiguo.

Schaedel ha señalado recientemente las posibles vinculaciones entre la cultura chilena del Molle y la cultura Chiripa, una de las etapas anteriores al Tiahuanaco Clásico, al sur del Titicaca (Schaedel, 1957, p. 39). También ve elementos comunes entre Paracas, Chiripa, el Molle y Condorhuasi (op. cit. p. 40). Todas pertenecerían a un horizonte antiguo, aun innominado.

Nosotros estamos en condiciones de aportar, después de estas excavaciones del Campo del Pucará, nuevos elementos de juicio con respecto a las correlaciones con Chiripa. Esta es la única cultura conocida que dispuso sus poblaciones alrededor de una especie de patio o centro, en la misma forma como ocurre en nuestros yacimientos, es decir que las habitaciones miran todas a un centro común y sus entradas están orientadas hacia ese centro (Bennett 1936, p. 413 y sig.). Es cierto que la forma de las habitaciones de Chiripa son diferentes, lo que no invalida la similitud en la distribución planificada de la unidad. Otro posible carácter común es la existencia de paredes dobles, rasgo que parece existir en el Alamito, pero que hay que confirmar. En cambio no existen diferencias en las costumbres funerarias. En ambas culturas se enterró dentro de las habitaciones, con un ajuar pobrísimo o sin ajuar de ninguna clase. Aun el carácter general externo de la unidad arqueológica de

Chiripa presenta similitudes con unidades del Alamito. En Chiripa la unidad se presenta como una especie de anillo sobreelevado, con una depresión central. Este es el aspecto de las unidades de la terraza media —Mesada Toribio—. Las habitaciones se colocaron, tanto en Chiripa como en el Alamito, en una posición sobreelevada y alrededor de una especie de anillo que rodeaba el centro deprimido. Al lado de las similitudes entre ambos sitios hay marcadas diferencias. En Chiripa aparecen adobes adornados con colores y la cerámica pintada de amarillo sobre rojo no aparece en el Campo del Pucará; lo mismo ocurre con el utillaje de hueso que es muy abundante en Chiripa. Pero debemos tener en cuenta que en el sitio junto al Titicaca no alcanzaron a excavar sino dos habitaciones de una unidad. No hay duda que el día que se excaven muchos yacimientos de la cultura Chiripa las similitudes con las culturas ya nombradas del N.O. argentino habrán de aumentar. Es muy probable que el sitio excavado por Bennett no sea el más antiguo ni el más característico de la cultura Chiripa, de la misma manera que sospechamos la existencia de otros lugares donde la manifestación cultural que aparece en el Alamito, esté más libre de influencias extrañas.

En Bolivia aparecen otras manifestaciones culturales que presentan analogías con las culturas agro-alfareras más tempranas del N.O. argentino. Ibarra Grasso menciona una cultura con manifestaciones escultóricas muy definidas que aparece al N.W. de la ciudad de Belén y que luego encontró en el terreno en Sora-Sora, al S.E. de Oruro, una zona también caracterizada por la presencia de montículos. En estos yacimientos aparece una cerámica roja, o excepcionalmente negra, lisa sin pintar, a veces con motivos incisos (Ibarra Grasso, 1956, p. 47 y siguientes) *. Pero en esta cultura aparecen urnas funerarias para párvulo y adulto, cosa que las diferencias de nuestros yacimientos. Este mismo autor afirma, muy recientemente, las vinculaciones de la cultura que llama Yampará y la Condorhuasi, como también la idea general de que las influencias andinas que llegan a la Argentina "... corresponden siempre a épocas anteriores a la expansión Tiahuanacota" (Ibarra Grasso, 1957, p. 24). En estos momentos se realizan muchos trabajos de campaña en Bolivia y en el N.O. argentino; cuando se aclaren perfectamente las secuencias arqueológicas de la cuenca del Titicaca, la que aun presenta muchos puntos dudosos (Ponce Sanginés, 1957, p. 23 y siguientes), estaremos en excelentes condiciones para poder establecer con bases muy seguras, las vinculaciones específicas que la unen al N.O.

* Ver también el trabajo de este autor que aparece en el presente tomo. (N. del D.).

argentino; vinculaciones que debieron existir en épocas del Tiahuanaco antiguo, Chiripá y otras etapas no bien conocidas. Hace poco hemos tenido oportunidad de examinar en Filadelfia fragmentos de cerámica del sitio denominado Qualuyo, en la cuenca del Titicaca, para el que corresponde un dato de radiocarbono sumamente antiguo, y encontramos en ellas similitudes con tipos de la etapa temprana de las culturas del área que aquí estudiamos.

Los yacimientos del Campo del Pucará no muestran relaciones muy específicas con el área correspondiente de Chile. Sólo podemos señalar el hallazgo muy reciente hecho por Iribarren Charlín, de una serie de montículos que podrían ser, quizás, restos de habitaciones, en algo semejantes a las que aquí hemos descrito (Iribarren 1957). Las demás relaciones que se pueden establecer entre los yacimientos estudiados y el área chilena corresponden a similitudes que han sido apuntadas entre las culturas del Molle y Condorhuasi. Recientemente nuevos elementos de juicio reafirman esas vinculaciones; compárese por ejemplo los vasos publicados por Cornely (1956, fig. 8) y los publicados por nosotros (op. cit. lám. VI, figs. 1 y 2). Además, acabamos de revisar en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York las colecciones hechas en Chile por Lothrop y Bird. Hemos encontrado una buena cantidad de fragmentos que pueden ser clasificados perfectamente como Ciénaga Grabado Geométrico y Condorhuasi Grabado. En Chile creemos que hubieran sido clasificados con toda razón como pertenecientes a la cultura del Molle.

Cornely opina que la cultura del Molle debe ser fechada entre los comienzos de la era cristiana y el año 400 (Cornely 1952, p. 142). Nosotros creemos actualmente que Ciénaga-Condorhuasi pueden situarse en fecha muy aproximada. De ser así, tanto la cultura del Molle como Ciénaga-Condorhuasi, abarcaron un largo período de tiempo. Se impone, pues que a ambos lados de la cordillera empecemos a "hilar más fino" en lo que respecta a las subdivisiones de esas culturas o fases culturales. Para Ciénaga, la subdivisión en dos períodos de tiempo diferente tiende a confirmarse como acabamos de verlo, mientras que la subdivisión de Condorhuasi aun espera la confirmación. Una vez establecidas las subdivisiones respectivas, los vínculos transcordilleranos deberán establecerse entre esas respectivas subdivisiones en vez de hacerlo bajo rótulo muy amplios como hemos hecho hasta ahora. Como un anticipo, quizás un poco prematuro, de las futuras vinculaciones que indudablemente se establecerán entre la zona chilena Agrícola Central (Schaedel, 1957, fig. 1) y el área Central del N.O. argen-

tino, tendríamos, en base a las secuencias de esta última región, las siguientes etapas o niveles de vínculos:

A. - Fase Ciénaga de la cultura de los Barreales. Tipos cerámicos de este período aparecen muy bien representados en Chile. Estos tipos parecen incluirse por ahora dentro de la cultura de El Molle. No sería imposible que puedan constituir una fase diferente de esa cultura y Cornely ya indica una subdivisión de la misma (Cornely, *op. cit.*, p. 200).

B. - Cultura Condorhuasi. Tipos cerámicos de esta cultura o sumamente similares aparecen en el área chilena. Se los incluye dentro de la cultura del Molle y en la primera etapa del llamado Diaguita Chileno.

C. - La fase Aguada no parece haberse extendido a Chile. Un solo fragmento de cerámica conocemos que quizás corresponda a esta fase cultural.

D. - Otras vinculaciones pueden establecerse con las etapas más recientes de la llamada cultura Diaguita chilena. Pero volviendo a las etapas iniciales de las culturas agro-alfareras es necesario señalar otra importante vinculación. Esta se refiere a una cultura o fase cultural que aparece en cementerios aislados del área Central del N.O. argentino. Se conoce uno de Santa María, excavado por las expediciones M. Barreto, y otro de Laguna Blanca. Estos cementerios contienen únicamente cerámica tosca o negra pulida. Esta última se caracteriza por recipientes pequeños de fondo plano o convexos y asas muy pequeñas bilaterales, formadas por un relieve de arcilla con un agujero. Las formas predominantes son el jarro de fondo plano y ollitas globulares. Existen piezas con caras antropomorfas en las que las cejas y el borde facial se representa con una tira en relieve cuya superficie va decorada con incisiones. La pieza debió cocerse en atmósfera reductora o bien ser ahumada después del cocido. La superficie está bien pulida. Esta cultura ocupa un nivel temporal diferente a las ya mencionadas, aunque quizás muy próximo a ellas, y no hay duda de que integra el mismo período temprano de la secuencia. Piezas típicas de esta cerámica aparecen en Chile, y se las incluye en la cultura del Molle. Ahora bien, el problema a investigar en el futuro, es si estas diferentes culturas o fases, identificadas en el N.O. argentino como entidades distintas, llegaron a Chile en otras tantas etapas o si se ubicaron en aquella zona una vez que el proceso de aculturación de esas etapas o de algunas de ellas las había ya amalgamado, y en algunos casos, determinar si las piezas similares, no fueron objeto de canje o comercio.

XII. *La cronología.*

La cronología absoluta de los yacimientos estudiados la conoceremos el día en que sean investigadas en su contenido en carbono 14 las numerosas muestras recogidas. Varias de ellas están ya esperando turno en los laboratorios norteamericanos. Aunque muy próximas entre sí en el tiempo las distintas unidades estudiadas deben representar diferentes momentos de ocupación. Es factible que encontremos diferencias especialmente cuando se estudien en forma comparativa los grupos de unidades de las distintas terrazas.

La principal contribución de estos yacimientos a la cronología relativa del área Central radica en comprobar que Ciénaga representa una fase cultural diferente de Aguada y que, muy probablemente, la separación de esa fase en dos subperíodos distintos tiene muchas probabilidades de ser correcta. La aparición en estos sitios de capas o niveles donde sólo aparecen tipos cerámicos pertenecientes a Ciénaga I así parece demostrarlo.

Otro punto de interés es la comprobación de la contemporaneidad, en cierto momento de la historia cultural respectiva, de Ciénaga y Condorhuasi, cosa que ya habíamos anunciado en el trabajo sobre esta última cultura (op. cit., p. 25). Nuestras inducciones se basaban, entonces, en elementos puramente tipológicos. Aquí encontramos las pruebas estratigráficas que faltaban.

Un problema fundamental, en relación con los cuadros cronológicos del área Central, es el de la ubicación exacta de Aguada en el cuadro respectivo. Ahora es seguro de que Aguada y Ciénaga representan épocas distintas, pero otra cuestión es la posición respectiva. El único dato de carbono 14 que posemos coloca a Aguada en una posición muy tardía para ser la cultura agro-alfarera más antigua del N.O. (Rex González 1957 c), de manera que si ese dato es correcto habrá que suponer que ésta estuvo precedida por otras formas mucho más sencillas. La ordenación de nuestras notas y materiales, que hemos realizado en los últimos tiempos, nos inducen a pensar que la posición relativa en que habíamos colocado a las dos fases de la cultura de los Barreales debe cambiarse. En ese caso la posición cronológica relativa y absoluta de los yacimientos aquí estudiados también cambiaría con respecto a los cuadros publicados. Pero ese cambio nos daría una explicación más amplia y más correcta del desarrollo cultural del área Central del N. O. argentino.

New York, Verano de 1958.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, Juan B.: 1900. *Notas de Arqueología Calchaquí*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, XX, Nos. 7 a 12. Buenos Aires.
- BENNETT, Wendell C.: 1936. *Excavations in Bolivia*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. XXXV, part IV. New York.
- BRUCH, Carlos: 1913. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, en Revista del Museo de La Plata, vol. XIX, 1, Buenos Aires.
- CORNELY, Francisco L.: 1952. *Cultura Diaguita Chilena*. Apartado de la Revista Chilena de Historia Natural, años LI - LIII, pp. 119-262. Valparaíso.
- 1956. *The El Molle culture of Chile*, en "Archaeology", vol. IX, N° 3, pp. 200-205. New York.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex: 1954. *Las ruinas de Loma Rica y alrededores*, en "Naturaleza", I, N° 1, pp. 75-94. Buenos Aires.
- 1955. *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino*. (Nota preliminar), en Anales de Arqueología y Etnología, XI, 1950 (1955) pp. 7-32. Mendoza.
- 1956. *La cultura Condothua del N. O. argentino*. (Apuntes preliminares para su estudio) en "Runa", VII, Parte Primera, pp. 37-85. Buenos Aires.
- 1957 a. *La fotografía y el reconocimiento aéreo en las investigaciones arqueológicas del N. O. argentino*, en Anales de Arqueología y Etnología, XII, año 1956, pp. 41-62. Mendoza.
- 1957 b. *Excavaciones arqueológicas en la zona del Alamito, Departamento de Andalgala* (Catamarca), en Ciencia e Investigación, XIII, N° 8, pp. 366-369. Buenos Aires, Agosto de 1957.
- 1957 c. *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método del radiocarbón*. Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía. Universidad Nacional del Litoral. Rosario.
- IDARRA GRASSO, Dick Edgard: 1956. *La más antigua cultura agrícola de Bolivia*. Revista de Antropología, IV, N° 1, pp. 47-52. São Paulo.
- 1957. *Un nuevo panorama de la arqueología Boliviana*, en "Arqueología boliviana", publicación dirigida por Carlos Ponce Sanginés, pp. 235-285. Biblioteca paceña.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge: 1957. *Arqueología en el Valle de Huasco, provincia de Atacama*, Revista Universitaria (Universidad Católica de Chile), Año XL y XLI, N° 1.
- LANGE, Gunardo: 1892. *Las ruinas de la fortaleza del Pucará* (provincia de Catamarca, Argentina), en Anales del Museo de La Plata, Arqueología III, La Plata.
- PONCE SANGINÉS, Carlos: 1957. *Introducción, en Arqueología Boliviana*, (publicación dirigida por...), pp. 15-31. Biblioteca paceña.
- SCHAEDEL, Richard P.: 1957. *Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena*, en *Arqueología Chilena*. Centro de Estudios Antropológicos. Universidad de Chile, pp. 7-42. Santiago de Chile 1957.
- STRONG, William Duncan: 1935. *An introduction to Nebraska Archaeology*, Smithsonian Miscellaneous Collection, 93, Washington.
- TSCHUDI, J. J. von: 1860-1861. *Reise durch die Andes von Süd-Amerika von Cordoba nach Cobija im Jahre 1958*. Mittheilungen aus Justus Perthes's Geographischen Anstalt über Wichtige neue Erforschungen auf dem Gesamtgebiete der Geographie, von Dr. A. Petermann. Bd. I, Ergänzungsband 1860 u. 1861. Gotha, pp. 1-38.